

H O M E N A J E

AL

General Julio Andrade

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 33/.....▲

FECHA DE CONSTATAION 30 DIC 1940

VALOR S/ 5.00.....

CLASIFICACION

QUITO — ECUADOR

TALLERES GRAFICOS NACIONALES

1 9 4 6



Sr. General Dn. JULIO ANDRADE

Sugestión presentada por el señor Doctor Humberto Albornoz Presidente del Concejo y aprobada por la Corporación, en sesión de 9 de Febrero de 1944.

Quinta.—

Invitar a todos los Concejos Cantonales, Capitales de Provincia, con exclusión del I. Ayuntamiento Ambateño, sugiriéndoles la remisión del busto de uno de sus más connotados hijos que se hubieren distinguido en la gran cruzada del engrandecimiento del país, por su saber, probidad y civismo y que, enalteciendo a su ciudad natal, hayan honrado a la Patria, blasonándola de gloria; los que serán colocados en la actual Avenida del Ejército, junto al Maestro de juventudes, el insigne Montalvo; permitiendo así que en esta forma elocuente y significativa, la ciudad Capital, como centro de la nacionalidad ecuatoriana, los conserve con veneración, rindiéndoles el justo homenaje de su gratitud, para ejemplo de las actuales y futuras generaciones.

Quito, a 9 de Febrero de 1944.

(f.) Humberto Albornoz.

Presidente

Concejo Municipal

Oficio N° 394.

Presidencia

Tulcán, 12 de Julio de 1945.

Señor

Presidente del Muy Ilustre Concejo Municipal

Quito.

Señor Presidente:

Tengo mucho agrado ratificar por medio de este oficio, el contenido de la comunicación telegráfica dirigida por el suscrito a Ud., señor Presidente, el día de ayer, que dice:

"N° 360.— Preconcejo.— Quito.— Complázcame comunicar a usted y por su digno intermedio Honorable Corporación Municipal su merecida Presidencia que Ilustre Ayuntamiento presido, sesión última, acordó unánimemente hacer donación oficial ciudad capital busto egregio carchense General Julio Andrade, cuya inauguración realizarase 10 de Agosto próximo. Con esta oportunidad, reitero usted testimonio alta consideración.

Atento.— (f.) Preconcejo".

Por la Restauración Democrática y la
Unidad Nacional,

(f.) Dr. Félix Urresta P.,

Presidente.

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

Quito, 17 de agosto de 1945.

Señora Doña

Elisa Thomas de Andrade,

Presente.

Señora de todas mis consideraciones:

El Gobierno de la República cumplió un estricto deber al adherirse al justísimo homenaje que tributaron a su Esposo, Señor General Don Julio Andrade, los Municipios de la Provincia del Carchi.

No tiene usted, Señora, por qué agradecerme.

Su Esposo es uno de los poquísimos hombres verdaderamente ilustres de nuestro pobre País, víctima de la desorientación y de la amoralidad.

Su Esposo supo pensar con hondura, sentir con nobleza, actuar con eficacia. Fue un grande hombre y un gran patriota.

Personalmente recuerdo siempre, Señora, de su espiritualidad de Usted, de sus gentilezas hace algunos años cuando tuve a honra conocerla, visitar su casa y apreciar las cualidades de su muy digna familia.

Reciba usted toda mi amistad y puede estar cierta de que comulgamos en la admiración al Ilustre General Don Julio Andrade.

Muy atento y S. S.,

J. M. Velasco Ibarra.

BIOGRAFIA DE UN BUSTO

Escribe Delio Ortiz.

“Una bandada de palomas heridas” a decir de Raúl Andrade, había insinuado la paz en nuestro continente. Aún no se habían cicatrizado heridas de dos países hermanos. Fuerzas invisibles los habían desangrado en las inhóspitas e inútiles selvas del Chaco. Pero, en otros continentes, tropeles de bestias gigantescas amenazaban implacables. Europa recibió descuidada el primer atropello. Desapareció Austria. Se entregó Checoslovaquia. Fué asesinada Polonia. Más tarde, desde las cúpulas de Varsovia se incendió el mundo. “Francia y Gran Bretaña se encendieron de ira”!

La marcha triunfal del “enemigo común” por tierras de Europa, repercutió en América. De Alasca a Cabo de Hornos se inquietaron los pueblos y un movimiento tembloroso contra el peligro, nos unió en temor común. En grupo compacto y estrecho, preparamos la defensa.

Francia mordía dolor y vergüenza. Su suelo era violado por la bota nazi. Y es allí cuando el Ecuador se identificaba con la nación más culta del mundo. Fuerzas cobardes habían penetrado en nuestro territo-

rio. La pata invasora también aparecía en América. Mordíamos dolor y vergüenza. Y no sabíamos a ciencia cierta si era más poderoso el dolor que la vergüenza. El país sucumbía en el desconcierto. Ni una voz, ni una palabra, ni un gesto de reacción. Los ecuatorianos estábamos encerrados en el silencio, muerta el alma y muerta la dignidad. Éramos la Francia de América ultrajada y avérgonzada. Habíamos sucumbido militar y diplomáticamente, como los franceses. Pero acá, no aparecía el de Gaulle, ni los ejércitos heroicos.

Constituíamos un pueblo muerto. Nos dominaba un dolor nunca sentido y superior a nuestro organismo moral.

La inteligencia ecuatoriana no pudo reaccionar. Ni libros ni periódicos que dijeran nuestro pensamiento. Ni una sola manifestación de hombridad. Nos faltaban hombres. Habían muerto los hombres.

Las demás naciones americanas nos olvidaron después de haberse burlado de nuestra debilidad en una reunión en la cual firmamos la humillante entrega de la heredad nacional

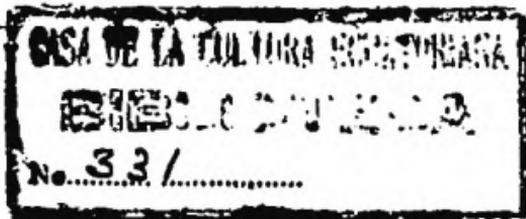
Y entonces fué que un hombre, aborigen de tierras bravas, reaccionó para hablar al país en tono urgente, desde el Municipio quiteño. No éramos un pueblo sin historia. No éramos un pueblo sin pasado glorioso. No éramos un pueblo sin grandes valores y sin hombres cabales. La vida nacional había tenido siempre grandes reservas de energía y enormes expresiones. Nos faltaba memoria y creíamos, en nuestro pesar, que ningún pueblo podía ser más desgraciado que el nuestro.

Habíamos olvidado a nuestros próceres. Había-

mos olvidado nuestra rebeldía y nuestros héroes. Habíamos olvidado nuestras fechas gloriosas, nuestro 10 de Agosto, nuestro 24 de Mayo, nuestros días luminosos de inteligencia y bravura. Habíamos olvidado a nuestros guerrilleros invencibles. Nuestros Alfaro dormían en el olvido. Nuestros antepasados no alcanzaban a vivir en nuestra memoria atormentada por la tragedia.

Un hombre de provincia llegó con su energía de aborígen de breñas, de laderas alegres, de ríos que se desploman desesperados. Llegó con su medio telúrico apocalíptico, volcánico, formidable, en constante cataclismo cósmico igual a la palabra de Montalvo tan poderosa y perdurable como el rugido de su Pastaza.

Era necesario transformar el medio. Era urgente vitalizar al pueblo. A la avaricia urbana debía oponerse la generosa avenida. A la estrechez psicológica debía exigírsele vitalidad nerviosa. A la insensata renuncia debían adherirse torrentes de energía patriótica. Al olvido y el abandono, la historia. A la vergüenza, los nombres de los hombres que dieron gloria a la patria. A la jornada ingrata, las mil victorias épicas. A los cobardes, los héroes. Los Calderón a los Ureta y a las infamias de "El Oro, la nobleza de Tarqui". A los subhombres, los super hombres. A la hora sombría, la mañana clara y optimista. A la campana urbana y elegíaca, el clarín viril y enérgico. A la ciudad sumida en miseria, la tonalidad optimista. Al pueblo soguzgado, el grito libertario. Y a la calleja estrecha y el campo bucólico, la avenida ornamentalmente histórica. Allí, precisamente allí, en el campo urbano y sucio, en el camino de bestias inútiles en el llano perdido entre el urbanis-



mo rudimentario y las nostalgias parameras, debía iniciarse la reacción patriótica reuniendo a los mejores hombres que hicieron la gloria de la Nación. La historia y el civismo; la ciencia y la inteligencia; la rebeldía y el decoro. La Patria, así, íntegra, desde el mar Pacífico hasta el Amazonas inmenso. Desde Tumbes hasta el Carchi. La Patria así, íntegra como la formaron los Alfaro, los Montalvo, los Olmedo, los García Moreno, los González Suárez; los Montúfar, los Espejo, los Rocafuerte, los Moncayo, los Andrade, los Borja, los Cárdenas. Todos, porque todos supieron, de una manera o de otra, desde sus respectivos puestos de lucha, formar y sostener la integridad de la Patria con amor y con calor. Así la Patria íntegra con su gloriosa historia, con su dignidad y su poder espiritual, debía estar allí, en la pista quiteña de la gran avenida para recordar al pueblo que el Ecuador no ha sido jamás vencido y nunca sojuzgado. Toda la historia en una avenida, toda su geografía espiritual y humana en una avenida quiteña. Tal el pensamiento del hombre aborigen de breñas montalvinas, tremendas y creadoras, para vitalizar el país y recordarle que los "pueblos no mueren". Y la obra tomó forma. El pensamiento se hizo cuerpo. Los pueblos comprendieron cuando el Municipio quiteño inspirado y dirigido por ese hombre, insinuó "la remisión del busto de uno de sus más connotados hijos que se hubieren distinguido en la gran cruzada del engrandecimiento del país, por su saber, probidad y civismo y que, enalteciendo a su ciudad natal, hayan honrado a la patria, blasonándola de gloria". Nada más cabal para hablar a un pueblo sufrido y darle vitalidad uniendo el pasado con el presente para formar un futuro digno de sus antepasados y sus tradiciones.

El primero en concurrir fué Alejandro Cárdenas. Siempre fué el primero entre los hombres de su generación. Inició la marcha hacia el futuro desde la inmensidad de su pasado. Luego, la reacción nacional tomaba cuerpo y energía, se instaló en su propio lugar Luis Felipe Borja, el hombre capaz y altísimo. Su patriotismo se perpetuaba en el bronce como un homenaje a su sabiduría. Teníamos en la avenida el concurso de tres expresiones de ecuatorianidad cabal: Cárdenas el luchador infatigable, Montalvo, el rebelde digno del Ecuador glorioso. Borja el sabio reposado y enorme.

Pero la Patria pedía más, esperaba más, ansiaba la reunión de todos los ecuatorianos que la hicieron grande y libre. Los pueblos habían puesto en marcha energías latentes para su "reconstrucción" y así, mezclaron desde el tiro certero de Guayaquil hasta la jornada cívica de todos las libertades. Entonces, afirmó su decisión de reaccionar definitivamente. Y surgieron las obras perdurables. La aristocracia intelectual habló en tono firme y elevado. Se multiplicaron los libros. La prensa diaria gastó reservas imprevistas. La palabra escrita se elevaba a su propia estatura. La dignidad nacional surgía florida y poderosa. Las instituciones públicas tomaban caracteres de pureza. Las masas nacionales eran un torrente humano en marcha hacia la conquista del porvenir. Una cordialidad insospechada estrechaba la mano entre viejos antagonismos políticos. Dominaba la Unidad Nacional y el país marchaba solidario y alegre. Se creía en una nueva aurora patriótica y se la esperaba. Se sucedían acontecimientos gratos y ponderados. Volvíamos a ser ecuatorianos y para ratificar esta enérgica decisión, el Carchi enviaba a Quito la figu-

ra del hombre más puro del país: Julio Andrade. Nuestro General fué recibido con la misma unción, la misma fe y el mismo amor con que lo recibieron vencedor en Enero de 1912. Julio Andrade, el justo, Julio Andrade el héroe, llegaba a Quito desde el Carchi, de norte a sur, por ese camino histórico que han cruzado los grandes conductores de los pueblos de América. Y por donde más podía venir él, nuestro General Julio Andrade, sino por los caminos de los libertadores,

Julio Andrade cumplía, una vez más, su gran misión y concurría intacto su pensamiento y oportuna su presencia, como en los años ecuatorianos en que él, "nuestro General Julio Andrade", cariñosa y justa expresión de Benjamín Carrión, estaría presente para la gran jornada en defensa de las libertades y la justicia y para ponderar el patriotismo que fué su móvil y su yo.

La virilidad ecuatoriana había plasmado en obras efectivas su actividad ciudadana; era el momento en que el pueblo reintegraba a su seno a todos sus "ausentes"; De norte a sur había venido también Velasco Ibarra y estos tres millones de hombres lo habían recibido humedeciendo el camino con llanto de entusiasmo. De otra manera nos emocionaba el himno nacional y de otro modo nos hablaba nuestra bandera. Nos sentíamos libres. Energías inéditas florecían a lo largo del país. El Ecuador pronunciaba palabras de esperanza. Volvíamos a ser ecuatorianos, con orgullo y dignidad. Por eso, a la hora de la purificación y del patriotismo, aparecía Julio Andrade como una réplica al asesino y como la síntesis simbólica y terminante de que los pueblos no mueren. A la hora cristalina de la solidaridad

nacional y de la unión ecuatoriana, llegaba Julio Andrade como un símbolo de pureza y patriotismo.

A qué regresaba Julio Andrade desde su inmortalidad? Qué lugar le designaría el pueblo que tanto lo quiso? Cuál sería sus responsabilidades en esta hora clara de la nacionalidad ecuatoriana? Cuales las funciones que su pueblo le encomendaría? Para qué su presencia en Quito después del sacrificio que hizo en homenaje de la libertad? Acaso, su misión de ecuatoriano y de patriota no había terminado con la bala homicida? Acaso su obra no fué completa y los pueblos no estaban satisfechos de él? Julio Andrade era llamado por el Ecuador y espontáneamente venía a él con toda su entereza y toda su lealtad.

Era que el Ecuador convocaba a sus conductores. Era que la Patria necesitaba de todos los grandes valores que le dieron gloria. Era que el Ecuador iba a celebrar una asamblea de bronce, aquí, precisamente aquí en esta ciudad heroica en donde se inventó la palabra libertad para América y en donde florecieron solamente los grandes pensamientos y los días inmortales. Era que el Ecuador necesitaba de Julio Andrade en la hora de la liberación y de la reagrupación nacional. Era que memoria debía inspirar la honradez y el patriotismo en el momento en que la victoria ofusca y el triunfo enceguece. Era que el país estaba en marcha hacia la conquista de sus derechos y Julio Andrade debía ingresar a esa gran asamblea de los grandes valores. Por eso le señalaba su puesto. Allí, en la avenida Patria, junto a Cárdenas, a Montalvo, a Borja debía estar él, el héroe, el compañero de todos los inmortales. Con él, se establecía la gran asamblea de bronce. Con él, se completaba la gran asamblea de bronce . . .

Cuando Humberto Albornoz pensó reunir en una avenida quiteña a todos los valores, no se inspiró solamente en ornamentar la ciudad con un halago urbano. El pensamiento de Albornoz parte de la tragedia que padecíamos, de esa como renunciación a la acuatorianidad y ese conformismo con la pérdida que nos dejó la sombría y dolorosa vergüenza de la frontera, y avanza hacia la historia para arrancarle sus mejores páginas en afán de reconstrucción y optimismo. Por eso su invitación a las provincias. Por eso su pensamiento claro, en frases claras. Y es que nada hay más fuerte que la influencia social, en los hombres. El país gozaba momentos redentores. Habíamos logrado unirnos y olvidar las diferencias políticas. Habíamos establecido un Gobierno unitario celebrado por el pueblo. Estábamos en la hora de la justicia. La hora de la justicia inspiró a Albornoz para llamar a quienes se "hubieren distinguido en la gran cruzada del engrandecimiento del país".

La hora de esa reivindicación latía en el pueblo. La hora de la reivindicación inspiró a Albornoz para invitar a quienes "hayan honrado a la Patria, blasonándola de gloria". Y es que empezábamos la hora de hacer patria y empezábamos blasonándola de gloria con la unión, la comprensión y la solidaridad tanto más honrosa cuanto más oportuna. La Patria se disgregaba. El Ecuador rodaba cuesta abajo al peso de su dolor e incomprensión. Las diferencias políticas nos destruían. Al gran sufrimiento solamente lo vence el gran esfuerzo. Y Albornoz comprendió el peligro. Por eso llamó a los valores perdurables para que "la ciudad capital, como centro de la nacionalidad ecuatoriana, los conser-

ve con veneración, rindiéndoles el justo homenaje de su gratitud, para ejemplo de las actuales y futuras generaciones". De las actuales generaciones, sobre todo, porque sobre ellas pesaba mayores pesimismo y mayores sufrimientos. De las actuales generaciones, sobre todo, porque ellas, como ninguna, habían olvidado la gratitud para con sus mayores que hicieron una patria grande y libre. Para ellas, desde luego, porque necesitaban sostener con el baluarte de sus antepasados, lo que no podían con su pesar y su abandono. Para las generaciones actuales, ciertamente, esa fuerza del homenaje a sus mayores como una voz enérgica para detenerse en la pendiente de la perdición. . . .

Para las futuras generaciones también, porque la historia no se escribe, se la hace. Para las generaciones futuras sí, porque para ellas es la lección que nosotros olvidamos. Para ellas las figuras ilustres de los hombres ilustres, porque ellas han de hacer lo que nosotros no pudimos o no quisimos. Para las generaciones futuras como un homenaje que recibirán de las pasadas y como una lección de unidad entre el ayer y el mañana de siempre.

Para que aprendan como se hace la historia. Para el amor a la patria, porque patria también son los hombres ilustres que la blasonaron de gloria.

Y para los otros, para los extraños a nuestras alegrías y nuestras angustias. Para los indiferentes. Para los huéspedes. Para los curiosos. Para los hombres de América que vengan a estudiar nuestra historia. Para los amigos y para los enemigos, sobre todo para los enemigos. Para que no abusen de nuestra paciencia y nuestra debilidad, porque pueblo que dió un General

Julio Andrade, es pueblo que merece respeto y se hace respetar. Para ellos, para nuestros enemigos, para que comparen: Qué Gamarra o qué Castilla se atrevería a medir su estatura con la enorme de Julio Andrade? Para ellos, para nuestros enemigos, esta lección histórica de esta generación en gesto de noble superación. Para nuestros amigos el homenaje al General Julio Andrade. Porque ellos se suman a nosotros para emprender la reconstrucción nacional en afán de nobles esfuerzos.

Y por orgullo. Porque estamos en la hora encendida del amor que dignifica y redime. Porque el monumento del General Julio Andrade es una evocación y una inspiración. Recordamos ante él un pasado honroso, y pensamos en él para su futuro digno.

Pero qué fuerza misteriosa dirige el destino de los hombres? Julio Andrade "el bayardo" se ha convertido en un símbolo. Hay nombres que como los pueblos, son inmortales. Uno de esos es el de Julio Andrade. Estamos siguiendo el curso del destino de este hombre predestinado. Qué coincidencias operan y se armonizan para que se realice una especie de reconstrucción de la vida de Julio Andrade? Qué fenómenos se imponen para que todo sea como hubiera querido el ilustre homenajeado. Su monumento erigido en una pista urbana responde, espontáneamente, a su carrera política. Pronto serán 34 años que una mano asesina tronchó su vida y sin embargo, tras este largo lapso su pueblo espontáneamente la reconstruye obedeciendo al mandato de la justicia y bajo los dictados de un subconsciente leal.

Por qué ese "hallazgo" que hizo el maestro Mideros para imponer su técnica al crisol que había de fundir en bronce el busto del egregio ciudadano? Por qué

ese tono de oro viejo, tan distinto del verde protector que cubre los bustos de los personajes instalados en la avenida? Todo artista busca la fórmula para dar a sus obras ese tono que Mideros halló fácilmente para el busto del General. Cuando el crisol ardía, un grupo de carchenses acompañó al maestro para "solemnizar" la fundición. Canciones patrióticas entonaron entusiasmadas y cuando el bronce líquido se derramó del "molde", un grito emocionado insufló enérgico desde el "laboratorio" de Mideros, y luego el himno nacional como una canción de virilidad. El accidente debía producir temor en los concurrentes. Corrió metal diluido y brillante por sus pies pero ninguno sintió miedo. Era como si del fondo, desde su eternidad, el General Andrade extendiera la mano para firmar con fuego. La canción nacional insurgió poderosa en el taller. Viejos "cascarones" sirvieron para fundir y plasmar la imagen del General. Bronce de proyectiles que usó el General Andrade en sus campañas liberales mezclado con monedas de plata arrojadas por los amigos al fondo del crisol ávido y tremendo, formaron su imagen. Pocos han merecido en el Ecuador un homenaje tan ancho y cabal como nuestro General Julio Andrade.

Cuando Stalin reconoció, en nombre de Rusia, el heroísmo de sus mariscales, ordenó, la ceremonia sencilla y elocuente de sembrar un árbol de bronce en el lugar donde nacieron. En el pueblo de Timoskenko se sembró un árbol de bronce. En el pueblo de Vasilewskki se sembró un árbol de bronce. En el pueblo de Zhukov se sembró un robusto árbol de bronce. Rusia agradecía a esos pueblos la generosidad de haber dado a la Patria libertadores y héroes. Las aldeas que hacían la "patria chica" de los héroes agradecían a Rusia por la

justicia de que eran objeto. Los héroes, volvían a su pueblo natal así, en transfiguración metálica, en una como metamorfosis humana. Los grandes corazones y los grandes cerebros se convierten en símbolos de bronce para eternizarse. Los grandes corazones y los grandes cerebros, no se pudren, se perpetúan en la historia y en el bronce. Por eso la estatuas y los árboles simbólicos. La original y bella ceremonia de Rusia llevó la memoria y la inmortalidad de sus héroes a su suelo natal. El árbol es símbolo de quietud, de enraizamiento en la tierra, de identidad con el lugar. Rusia está allí, donde nacieron los héroes. Rusia patentiza su nacionalidad a lo largo de su enorme territorio. Rusia opera así, con árboles de bronce, porque dispone de una inimitable e incomparable seguridad de su firmeza y de su estructura. Rusia está en todos los rincones, desde las areniscas y tropicales regiones de Georgia hasta las heladas estepas polares. Tenía que hacer así, cubrir de árboles simbólicos el suelo soviético. Nosotros también hemos invocado la memoria de nuestros héroes. Nosotros también hemos ordenado la bella y sencilla ceremonia de erigir monumentos a nuestros grandes corazones y grandes cerebros. Los hemos reunido eso sí, a diferencia de Rusia, en un solo lugar, en una sola ciudad, porque Quito es, el 'centro de la nacionalidad'. Nosotros estábamos en disgregación. Por eso la asamblea de los grandes valores, para increparnos, para ordenarnos. Porque los viejos valores son nuestros antecesores en la gloria.

Hay una grata coincidencia en la presencia del busto del General Julio Andrade con los años de su lucha política. Luchó en defensa de las libertades. Fué, con Alfaro, Pedro Moncayo, los Arellano. Vencieron a

las beatíficas masas talares y establecieron en el país un régimen de libertad. Luchó y venció el General en defensa de nuevas doctrinas, en bien de los pueblos. Y ahora, vuelve a acompañarse de los mismos hombres, de sus mismos compañeros en la lucha por la libertad. Ese tramo de la Avenida en donde se levanta su monumento, debe llamarse la Avenida de los liberales. Pero la coincidencia toma caracteres trascendentes. Así cuando vivió, se adelantó con el ideal revolucionario liberal. Ahora, se presenta cuando la Patria recibe el baño libertario de una doctrina igualmente calificada de extremista, como fué su liberalismo, en esos agitados años de lucha contra el fanatismo conservador. Julio Andrade ha venido a presenciar el avance de las "nuevas fuerzas" que reemplazarán al liberalismo. Su actitud frente a esa gestión en defensa de los pueblos, nos acompaña ahora. El ala izquierda de nuestra política, se agita en trance de acción definitiva, como el liberalismo bajo la espada y la energía de sus jefes.

Parece que el querer de nuestro General se impusiera y que su nueva residencia hubiera sido construida por mandato de él. Busca el ambiente que le corresponde. De manera que el busto reencarna las costumbres del ilustre militar. Si se hubiera estudiado, si se hubiera meditado, si se hubiera dispuesto así, con dedicación digamos, componer el lugar, hacer el medio deliberadamente, talvez no hubiera llegado a ser tan completo y tan ajustado a la personalidad del General.

Cuando su "compañera de siempre" iba quedando sola; cuando su hogar se multiplicaba en distintos lugares y la casona silenciaba por la ausencia de sus hijos, el General Andrade vuelve a su hogar. Precisamente frente al solar de su bella y querida compañera, se

coloca él, con la ternura de siempre, con el amor de siempre, con la majestad de siempre. Los dos esposos amantes que hicieron de su hogar un refugio y de su amor un templo, se acompañan ahora, cuando el amor y la compañía son una cordial necesidad. Viene el General a buscar a su esposa. Viene a acompañarla. A platicar con ella. Ya nunca más se irá. Ya nunca más la bala homicida lo arrancará de su lado. Ya nunca más ella, la noble y dulce esposa sentirá su ausencia. Ya nunca más ella, su compañera tierna y delicada, estará sin él. Como el árbol de bronce, también el General regresa a su casa para estarse allí con sus profundas raíces de amor y de ternura. Ah, el árbol simbólico, cómo se identifica con este imponderable gesto del subconsciente carchense: También llega el pueblo al hogar de su héroe para decirle a su leal compañera: Su marido y nosotros nos quedamos aquí, junto a Ud., por siempre.

El medio en donde se levanta el monumento, completa el cuadro. Junto a su casa, frente al solar con toda su autoridad y toda su ternura. Y a su espalda, otro amor suyo: la cultura. Allí estará el centro de la aristocracia intelectual del país. Allí se contruye la Casa de la Cultura. Julio Andrade está entre los "suyos", su esposa, su hija, sus libros y la inteligencia; y rodeado de sus dilectos amigos: Cárdenas; Montalvo, Borja. El asesino no ha logrado matar a Julio Andrade!

Al frontis del monumento aparecen dos leyendas: En la una, el nombre del General y los años que vivió. En la otra hice escribir lacónicamente así: "El Carchi a Quito". El Carchi en homenaje a Quito con el más valioso de sus nombres ilustres. La provincia norteña del país a la ciudad capital, "centro de la nacionalidad"

todo su amor en la figura egregia de su mejor hombre. Es una leyenda que define al monumento. Es la consagración de Juilo Andrade por sus conciudadanos y es la contribución de mi provincia para la reafirmación de nuestra nacionalidad ecuatoriana. Mi provincia se inspiró en las virtudes del General para presentarse en Quito con todo su esplendor ciudadano, digno; con toda la fuerza de su inteligencia y su virilidad. El Carchi no podía encontrar figura más elevada ni más poderosamente organizada que la del General Julio Andrade que traduce la psicología de su provincia con el poder de su cerebro, la pureza de sus acciones, la sinceridad y la fe en sus convicciones políticas, la rectitud en su espíritu, la energía en su porte y en su acción. Cerebro y corazón puestos con calor al servicio de la Patria y de las nobles causas del espíritu. El Carchi no discutió nombres para rendir su homenaje a Quito y escribir una página en la historia nacional contemporánea. Por unanimidad, con entusiasmo y decisión las municipalidades de la provincia resolvieron erigir el monumento al General Julio Andrade. Es otra manifestación del contenido psicológico de ese pueblo. Se prolonga y se traduce en el busto del General Andrade. Todo su contenido humano está en él. Energía y talento. Virilidad y dignidad. Donosura en sus actos y firmeza en sus convicciones. Y una enorme ternura y un enorme amor por las grandes preocupaciones del espíritu. La cultura y los libros. La diplomacia noble y capaz, junto con el militar aguerrido, de una sola pieza, heroico. En el monumento de Julio Andrade está todo un pueblo, latente y viviente.



En "La Quinta" sentados: Dn. Rafael Andrade y su esposa Doña Alegría Rodríguez de Andrade, padres del General, de pies (izquierda a derecha) Alegría, Carlos, Julio y Virginia.

DISCURSO DEL SR. DR. FELIX URRESTA PORTILLA, PRESIDENTE DEL ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE TULCAN, A NOMBRE DE LOS PUEBLOS DEL CARCHI, EN LA ENTREGA DEL BUSTO DEL GENERAL JULIO ANDRADE AL PUEBLO DE QUITO

Constituye un honor que supera mis personales aptitudes el llevar la representación de los pueblos del Carchi, en este acto de indiscutible trascendencia.

Mi pecho saturado de profunda ecuatorianidad y mi frase pletórica de la más íntima emoción, apenas alcanzan a traducir la complacencia de mi alma, sobrecogida en este magnífico escenario, afanosa por conjugar el verbo supremo que responda a la grandeza de Quito, al par que señale los perfiles inconfundibles del hombre proclamado, en justiciera recordación, el símbolo edificante de los atributos de la Provincia del Carchi.

Que los penachos legendarios del Pichincha quieran prestarme generosos la gallardía de su altura, para dominar la cumbre, a donde solamente suben los gigantes alados de la comarca andina, para desde allí entonar el himno consagradorio de la señorial apostura de esta inmensa ciudad.

Inmensa en la magnificencia de la Historia de América.

Inmensa por el grito libertario que cundió por todos los confines subyugados del Nuevo Mundo.

Inmensa por la sangre de los mártires del Dos de Agosto que fecundizó la simiente emancipadora en las profundidades soberbias de nuestro propio pueblo!

Inmensa por las hazañas de hombría en las faldas de este mismo Pichincha, que forman el joyel engastado en las sienes inmortales de la Libertad!

Quito, desde la cima de su alcurnia heroica, yérguese acogedora y sublime cuando en los anales de su vivir glorioso, en gesto elocuente de entrega patriótica y en noble propósito de unificación, quiere convertir este hidalgo suelo en la urna olímpica de las glorias del Ecuador.

La Avenida Patria, egregio sitio de los inmortales, representantes fidedignos de cada una de nuestras Provincias, mañana será la lección objetiva del civismo para las generaciones de ecuatorianos, que recorrerán este recinto con los pechos rebosantes de patriotismo y las frentes iluminadas de positivo orgullo nacional.

Los pueblos carchenses, por medio de prestantes delegaciones, vienen, obsecuentes y presurosos, a dar cumplida realización a tan espontáneo como ejemplar llamamiento.

La Provincia del Carchi ha querido rendir pleitesía a Quito, Luz de América, proclamando que la figura del General Julio Andrade es el indiscutible exponente del cúmulo de virtudes de su pueblo. Y esta proclamación que adquiere tangibilidad en este bronce, hace mucho tiempo ha sido acariciada por el alma popular de mi Provincia.

La Provincia del Carchi, aquella de los yermos páramos que saben confundir las ondulaciones de su mustia soledad con la estética policromía de nuestro cie-

lo ecuatorial, en comunión de silencioso recogimiento, con la inefable comprensión de las cosas humildes.

La Provincia del Carchi, aquella de las tierras duras e invencibles, firmes y sedientas, que niegan su dádiva de bienes a los seres inertes y cobardes, pero que saben entregarse, cual hembras magnificas, a los varones de músculos fuertes y de tesonera labor.

La Provincia del Carchi, aquella de los esmeraldinos valles, en donde la naturaleza se ríe todos los días, cuando recibe la simiente prometedora o cuando devuelve el fruto sazonado, en alumbramiento de vitalidad que emerge luego en el propio vigor material y espiritual de cada uno de sus hijos.

La Provincia del Carchi, aquella que tiene desde las cálidas regiones de sus valles hasta las heladas inmensidades de sus páramos; aquella que es todo cuanto perdura y surge; aquella que luce con justificado orgullo el Procerato del Trabajo, sin renunciar a la exaltación espartana por el valor de sus hombres, es la tierra de los trigos, en donde se gusta con fruición intensa del pan amazado con el sudor de la propia frente y en donde se sabe del esfuerzo colectivo y del sacrificio patriótico.

Así es el pueblo simbolizado por el Ilustre General Julio Andrade.

Es que Julio Andrade fué el varón de porte correcto, el caballero de ponderada verticalidad espiritual, el militar valiente y pundonoroso, el carácter firme y seguro de sí mismo en todos los momentos de la vida y el ciudadano que supo con animoso empeño buscar el imperio de la Justicia y de la Ley sin quebrantar la Paz.

Es que Julio Andrade fué el republicano convencido, el demócrata de verdad, altivo y leal, sin compro-

misos y sin miedo. Sirvió a la Patria, con honor y sin interés mezquino, como soldado, como funcionario, como legislador y como diplomático. Con la fogosidad de su verbo revolucionario, con la serenidad constructiva de su pluma y con la limpieza singular de su espada.

Quito escuchó a Julio Andrade cuando con su oratoria convincente exaltaba al pueblo para la conquista libertaria del 95.

Sus soldados oyeron las arengas impregnadas de sobriedad y elevación, a la manera de los legionarios romanos.

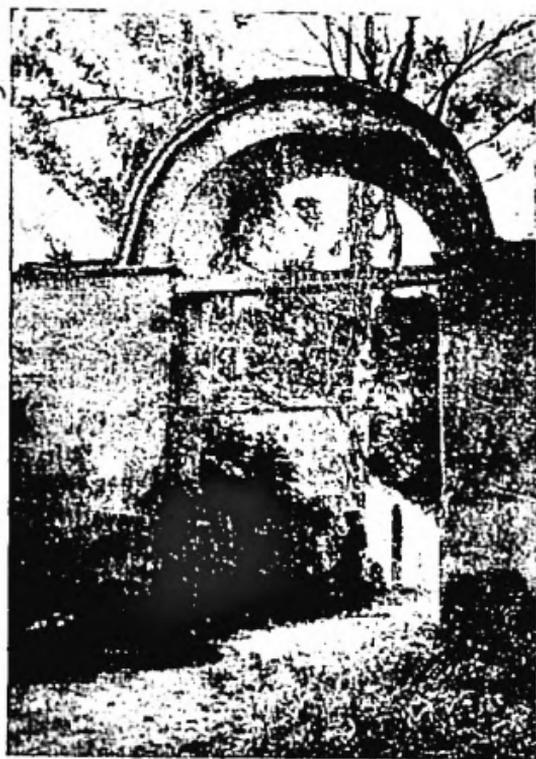
Quito le vió combatir, como pelean los varones, cuando apenas frisaba en los diecisiete años de edad, como soldado de la Restauración.

Nadie mejor que Julio Andrade había de personificar los atributos de un pueblo de hombres que saben superarse cuando el bienestar y progreso de la Patria lo exigen y que saben morir cuando el honor de la Patria así lo reclama.

Dignísimos Representantes del Muy Noble Pueblo de Quito, en nombre de los pueblos del Carchi, os entrego este busto del hombre que supo encarnar las relevantes cualidades de mi pueblo, porque tiene todos los arrestos de grandeza para ocupar su sitio en esta Avenida de la Patria.

Y al cumplir la entrega solemne de la efigie prócera del Bayardo Ecuatoriano, ante los manes de Bolívar y de Sucre, depositamos también nuestros fervientes corazones en esta tierra del Pichincha que ha sido y será el corazón palpitante de la Libertad.

F. Urresta.



Portada principal de "La Quinta"
solar de la familia Andrade.

DISCURSO DEL DR. ALBERTO ACOSTA SOBERON, A NOMBRE DEL MUY ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO

Señor Ministro de Gobierno, señor Presidente y demás miembros del I. Concejo de Quito; señor Presidente del I. Concejo de Tulcán y demás representantes de los Ilustres Concejos de la Provincia del Carchi; Respetable familia del General Andrade; señoras y señores:

El Muy Ilustre Concejo de Quito que, dentro de las severas normas de su intachable proceder, viene conservando pulcramente una tradición gloriosa, ha tenido también el acierto de hacer especial invitación a los demás Concejos de la República, con el fin de que, en un balance de merecimientos y en significativo abrazo fraternal, se envíe a esta Avenida de la Patria, la efigie de hombres de valer, sin distinción de ideologías políticas, que hayan desaparecido del escenario de la vida y fueren acreedores al homenaje nacional.

Todas las Provincias del Ecuador no sólo han aceptado gustosas esta feliz iniciativa, sino que se han apresurado a felicitar al Concejo de Quito y a traducir el sentido de ese llamamiento dentro de la unión y concordia ciudadanas.

Quizás hoy como nunca es preciso buscar un refugio para combatir el furor de tanta pasión desenfrenada; alguna vez y en algún lugar hemos de olvidar rencores; alguna vez y en algún lugar ha de vibrar el alma nacional, despreciando mezquindades, desechando envenenadas calumnias y procurando únicamente el resurgimiento de una Patria que ha tenido y tiene hijos que han sabido servirla con amor, defenderla con heroísmo, y amarla hasta el sacrificio.

La Provincia del Carchi, por medio de sus tres Concejos Cantonales: Tulcán, Montúfar y Espejo, en votación unánime, ha contestado la primera entre sus hermanas y con indudable acierto ha enviado el busto de un varón de grandes virtudes, conocido dentro y fuera de la Nación, del patricio ilustre, del distinguido y verdadero liberal, General Don Julio Andrade. Aquí estamos para recibir gustosos esa valiosa ofrenda, para recordar con emoción patriótica las cualidades de ese invicto militar y estadista.

En la Provincia del Carchi, la parroquia que tiene a mucha gloria llevar el nombre del libertador, tuvo también la honra de contar entre sus hijos, desde el 16 de Octubre de 1866, a Julio Andrade. Miembro de muy distinguida familia, por títulos de probidad y honradez; heredó la riqueza moral, el gran patrimonio de sus antecesores.

En medio de los encantos y tranquilidad que proporciona la vida del campo, junto a las bellezas de la naturaleza, pasó los años de su infancia en la misma Parroquia de Bolívar. Y luego, en la tierra de Pedro Moncayo, bajo la dirección de Mariano Acosta, insigne educador, inició los estudios de segunda enseñanza

que llegó a coronar lucidamente en el Colegio San Gabriel de esta ciudad.

Antes de iniciar los estudios de Jurisprudencia en la Universidad Central, estalló en su pecho el amor a la vida militar y la pasión por los principios democráticos. Su espíritu rebelde y libre se aprestó a combatir contra la dictadura del General Veintimilla, y bajo las órdenes del General Ezequiel Landázuri alcanzó el triunfo de las fuerzas restauradoras de los principios republicanos.

Desde entonces orientó sus actividades, principalmente a la carrera de las armas, sin descuidar los estudios científicos, históricos y filosóficos, ya en su mismo país, ya en la Capital cerebro del Mundo.

Grande fue su pesar cuando se vió obligado a dejar Francia después de haber acumulado variados y profundos conocimientos.

De regreso a la Patria tuvo que envolverse de nuevo en nuestras luchas; pero sus ideas fueron defendidas con mayor empeño y eficacia.

Más tarde el acervo de su saber supo emplearlo en beneficio del Ecuador.

El año 1898, dirige con valor el combate de Guanoloma, sin que la herida que recibiera en el campo de batalla fuera obstáculo para que continuara denodado en la lucha.

Ocupa luego distinguidos puestos en el Ejército nacional, trabaja gallardamente, lealmente, ora como Primer Comandante de unidades, ora como Jefe de Estado Mayor, ora obedeciendo, en rígida disciplina, las órdenes del General Rafael Arellano, como sucedió en la batalla del Chimborazo. Por fin, la Legislatura de

1901 estudia su limpia vida militar, y le confiere el grado de General de la República.

Por sus bases de moralidad política, por su elevación de espíritu, nunca hizo gala de los triunfos obtenidos en guerras fratricidas; su espada ostentaba con orgullo porque la había blandido en defensa de la justicia, del derecho.

Ciudadano de múltiples merecimientos y aptitudes, desempeñaba con acierto los diversos cargos que la Patria le confiaba. La Educación Pública jamás pudo serle indiferente, y así le vieron sus conciudadanos ocupando brillantemente en el año 1903 el Ministerio de Instrucción Pública, donde dejara una huella de comprensión, de dominio en los delicados y complejos problemas educacionales.

Diplomático de subidos quilates: inicia su carrera en el año 1896 y asiste como Secretario de la Delegación del Ecuador al Congreso Internacional Americano que se reunió en México, en el mes de Agosto del mismo año.

En 1904 fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante la Cancillería de San Carlos; pasando después, con igual investidura, a los Estados Unidos de Venezuela.

El Tratado Andrade-Betancourt fué el resultado de una labor sagaz, inteligente, científica. Por una de tantas incomprensiones nuestras no llegó a perfeccionarse ese Tratado que pudo talvez evitar muy graves dificultades posteriores.

Con visión de Estadista, animado de los principios del Libertador sobre la unión de los pueblos de América, ansiaba porque los problemas hispano-americanos

se resolvieran dentro de un ambiente de cordialidad, de paz, de justicia.

El "Acta de Caracas", proyecto de Unión Bolivariana, fue también suscrito por el General Andrade; y, si las estipulaciones de ese Pacto hubieran llegado a ser reglas del proceder interestatal, habría satisfecho una de sus más preciadas aspiraciones.

Entidades de valor imponderable ha tenido el Ecuador para resolver los magnos problemas de la Patria: en el año 1910 hubo una Junta Patriótica Nacional compuesta, entre otros preclaros ciudadanos, por un González Suárez, por un Luis Felipe Borja, por un Carlos Casares, por un Clemente Ponce, por un Julio Andrade. Del respeto y admiración que merece esa Junta, no hace falta repetición alguna. Hablaba la Junta Patriótica Nacional y su voz era la del acierto, la de la sabiduría, la del acatamiento incondicional: Julio Andrade era verdaderamente grande: en el seno de eminentes corporaciones se hacía oír con aplausos y veneración.

Ante el cadáver de Luis Felipe Borja, en elogio fúnebre a nombre de la Junta Patriótica Nacional, Nicolás Clemente Ponce enumeraba los socios desaparecidos expresándose así" Cuantos nos faltan! Cuantos hemos dejado en la mansión de los muertos! ayer al señor General Don Julio Andrade y hoy el señor doctor Luis Felipe Borja

El doctor Ponce añadía "El General Andrade, inteligente y sagaz diplomático, militar dominado de la alteza de la profesión de las armas, héroe cuya espada dos veces consagrada, la una por la Victoria la otra por la Lealtad, todavía más gloriosa, despedirá siempre vi-

vos resplandorés en la historia de nuestro Ejército". Sí, añadiremos en esta solemnidad; la espada del General Andrade será siempre para el Ejército de nuestra Patria, encendida antorcha que no la apagarán la envidia ni la traición

El año 1912 volvió el General Andrade a ocupar, con su dignidad habitual, el Ministerio de Instrucción Pública. Más, en ese año, su espíritu estaba entristecido, su corazón rebosaba de angustia: Para la Patria, el año 1912 se había iniciado con el derramamiento de sangre ecuatoriana en los campos de Huigra, Naranjito y Yaguachi. El General Andrade había obtenido nuevos triunfos; pero su alma de patriota sufría amargas decepciones y no encontraba el descanso que deseaba: La República, en girones; los ecuatorianos, más divididos; la política siempre enconada; por todas partes, desolación y muerte; acontecimientos que no debemos recordar. . . .

Había llegado el General Andrade a la plenitud de su vida; se había colocado en primera línea entre sus compatriotas, y hacia él convergían las aspiraciones nacionales, para elevarlo a la primera Magistratura.

Más, una de tantas desventuras internas que han colocado al Ecuador en situaciones de amargura, vino a cortar las justas aspiraciones de un gran número de ciudadanos, y el General Julio Andrade desapareció para siempre en forma cruel, inesperada y violenta. Cayó como caen los valientes, y el rifle que balanceaba en su mano, para defender el honor nacional sólo pudo quitarle la muerte.

No es el momento de hacer apreciaciones sobre los sucesos políticos de entonces. Queda para el histo-

riador imparcial y severo el establecer las responsabilidades que existieren. Sólo nos toca recordar que la Nación se conmovió, y la caída del malogrado General causó sinceras y patrióticas lágrimas en todo el Ecuador.

Una prestigiosa y vieja Revista quiteña, en nota necrológica, decía lo siguiente: "Víctima de bala traicionera, rindió la jornada de la vida, en la infausta noche del 5 del corriente mes de Marzo (1912), el benemérito General Don Julio Andrade, una de las personalidades más dignas, más respetables y más simpáticas con que contaba el Ecuador". "Alma inmovible para las tempestades y más para los halagos, de grande corazón y de excesiva modestia, huyó del oropel; rehusó las adulaciones", "Verdadero patriota y militar invicto, salvó a la Patria contra todos los enemigos unidos y las perfidias aliadas, desenvainando, incorruptible y digno, esa espada que nunca la manchó poniéndola en pública subasta".

Títulos como los expuestos son los que se han presentado para que el recuerdo del General Andrade se perpetúe en el bronce, y para que su espíritu descansase plácidamente en la región de los que no mueren.

Diez de Agosto, día de la Patria, fiesta no sólo del Ecuador sino de la América Hispana. En un día como éste nació la semilla de la libertad ambicionada por Espejo, y se iluminó el continente con la luz de Quito.

En esta solemnísima fecha ha querido el Cabildo quiteño recibir oficialmente el busto del General Andrade, y evocar una vez más reverentemente los nombres de los Próceres de Agosto.

Sin título alguno de mi parte, he merecido el honor de hablar en nombre de ese Ilustre Cabildo; cumplo orgulloso esa comisión. La efigie del General Andrade queda en esta Avenidâ de la Patria para recibir el aprecio y respeto de los ecuatorianos, mientras hacemos votos por la felicidad de un Ecuador grande y unido por las virtudes de todos sus hijos.

Agosto 10 de 1945.

**DISCURSO DEL SEÑOR
RAFAEL ANDRADE THOMAS**

(Hijo del señor General Julio Andrade)

Embargado el ánimo de profunda emoción ante la solemnidad del homenaje tributado a la memoria de mi padre y sin más título que el nombre sin mancha, legado por él como preciada herencia, me permito dirigirme a ustedes, en representación de mi familia, para manifestar nuestra ferviente gratitud a las entidades y personas que en tal o cual forma han contribuido a la realización de este acto encaminado a perpetuar para la posteridad la egregia figura de quien, en su culto por la libertad y en defensa de las instituciones, no trepidara en marchar hasta el sacrificio.

De modo especial hago ostensible nuestro reconocimiento a los distinguidos ciudadanos que integran los Concejos Cantonales del Carchi, dignos exponentes de la altiva y gallarda Provincia norteña, cuna de mi padre, bello girón de la patria ecuatoriana, que ha sabido mantener incólume, cual enhiesto pendón, su gloriosa tradición de valor e hidalguía. Suelo fecundo de hombres ilustres en el cual la causa liberal tiene honda

raigambre, como lo ha demostrado con decisión cuando ha sido menester reivindicar sus derechos mixtificados por falsos profetas del partido o bien conculcados y amenazados por los enemigos seculares del liberalismo. Bravos hijos del Carchi prontos siempre a toda generosa iniciativa, en cuyos pechos alienta una alma rebelde e indomable y llama inextinguible del más puro patriotismo. A su entusiasmo e incansable perseverancia se debe la realización de esta obra de reparación y de justicia.

Exaltar el recuerdo de los hombres ilustres que supieron ser útiles a su país, consagrando a su engrandecimiento y prosperidad el valioso contingente de sus luces y facultades, ha sido en todo tiempo el imperativo de las Naciones que se precian de cultas; la nuestra no podía quedarse al margen. Este sentimiento, a más de un deber de gratitud para con los que dedicaron su existencia a tan nobles fines, es a la vez un ejemplo provechoso para las generaciones venideras y aún para las que en la actualidad nutren su espíritu y fortalecen su carácter, rememorando las gloriosas epopeyas de nuestra historia y la vida de los hombres que le dieron lustre. Esos ínclitos varones de otros tiempos que en rasgos de magnífico desprendimiento lo dieron y sacrificaron todo en aras de sus ideales, sin considerar en ningún momento el provecho personal y sin que la pulcritud de sus vidas fuera enturbiada por acciones mezquinas, ni por la sombra de ruines intereses. Hombres-símbolos, precursores de la causa, que lucharon sin tregua y con tezón indomable por implantar las ideas libertarias en un país fanatizado. Hombres admirables a quienes la patria y las instituciones republicanas de-

ben tanto y cuya contextura moral adquiere proporciones gigantescas con el transcurso de los tiempos y la inflexible ley de los contrastes. . . .

Permitid que impulsado por un sentimiento de veneración hacia la memoria de mi progenitor, prescindida por esta vez de falsas modestias y escrúpulos mal entendidos para declararos sin embajes que el General Andrade es acreedor a los honores que se le tributan. De genuina cepa liberal, pocos entre los hombres públicos contemporáneos pueden igualarle en merecimientos y virtudes ciudadanas; ninguno superarle. Militar de primera línea, estadista, legislador, diplomático, singularmente dotado de fases múltiples, supo representar a su país brillantemente en el Exterior, dejando bien puesto su nombre donde quiera que se presentó. Reunía por raro privilegio las dotes físicas y morales propias para atraer y cautivar. La gallardía de su figura unida a una voz cálida y persuasiva, la distinción y elegante desenvoltura de sus ademanes; la extraordinaria afabilidad de su trato, sin perder nunca la varonil firmeza que cual el acero toledano le "hacía doblarse pero no romperse". Inflexible en materia de honor y dignidad, jamás hizo concesiones ni se desvió un ápice de la línea recta, de un perfecto equilibrio en sus facultades, sabía ser suave, amable, fascinador, pero así mismo poseído de justa indignación era su cólera terrible e irresistible el fulgor de su mirada. Bastantes pruebas dió de ello en varios episodios de la turbulenta política en que le tocó intervenir y en la cual tuvo siempre destacada actuación. No he conocido otro hombre que supiera imponer sobre los demás el influjo de su poderosa personalidad con mayor fuerza.

A la hábil labor diplomática desarrollada en Colombia por el General Andrade, se debió exclusivamente la reanudación de la buena amistad con la hermana República, un tanto enfriada por el desacertado rumbo que se dió a la política internacional en aquel entonces.

Y al haberse cumplido su previsorio anhelo de concertar una alianza con aquel país, unido al nuestro más que ningún otro del Continente por vínculos comunes, a la cual concedió primordial importancia en el Tratado que suscribió en Bogotá con el Plenipotenciario Especial, doctor Julio Betancourt y que de modo tan incomprensible no fué ratificado por el Congreso ecuatoriano, se hubiera evitado el ignominioso despojo de que fuimos víctimas, seguido del colapso militar más vergonzoso que sufriera el país en sus anales de vida independiente. Otra muy diferente hubiera sido entonces la suerte del Ecuador.

En Bogotá, la culta e hidalga ciudad del Aguila Negra, fué objeto de honores y distinciones tales que a muy pocos extranjeros les ha sido otorgados. Su temprana y trágica desaparición fue lamentada como si se tratara de un hijo ilustre de ese suelo hospitalario y acogedor. He aquí cómo uno de los principales diarios de la capital hermana se expresó al conmemorar un aniversario de su muerte. "En los banquetes, en los ágapes íntimos de los intelectuales, en los cenáculos de graves señores de la sangre de Caros y Marroquines, de Holguines, Posadas y Carrasquillas, él, el inolvidable Bayardo ecuatoriano, lucía por la fluidéz de su frase, la exquisitéz impecable de su porte y ese destello de inteligencia lúcida que le hacía triunfar en todas las si-

tuaciones de la vida. Tarea difícil sería conseguir un coeficiente de tanto valor y prestancia como él, para llevarlo cerca de la Cancillería de San Carlos, a alternar con algunos de los que, rememorando ahora al General Julio Andrade, no sientan el hondo vacío de un hombre dotado de una gama de cualidades en el seno de la fecunda capital de Colombia que mimó tanto a este hombre cuyo rostro enmarcado de una rubia y suave barba, se destacaba como un "medallón antiguo en el escudo de los triunfadores de Bizancio". Hasta aquí el periódico bogotano.

En Cuenca, donde el Gobierno de entonces lo enviará con un alto cargo militar, en circunstancias políticas muy difíciles, su actuación fué la de un verdadero Pacificador por la sagacidad y firmeza que supo desarrollar en su delicada gestión; dejando en la noble Atenas ecuatoriana honda e imperecedera huella de simpatía y admiración.

Y este hombre extraordinario, adornado de todos los atributos de los antiguos paladines, que en cualquier otra parte hubiera sido glorificado y colmado de honores; que era una realidad por los inapreciables servicios prestados a su patria y una promesa por lo que hubiera significado para ella, en momento de peligro, su alma inmensa de patriota, su talento y el prestigio de su espada, como si lo único que le faltara para completar su gloria fuese la aureola del martirio, cayó en tenebrosa celada, como el mártir de Berruecos, víctima de la más infame, cobarde y artera maquinación que manchara para siempre la historia política del Ecuador, sumergiendo al país en una ola monstruosa de horror y de sangre y marcando a sus autores con el eterno e imbo-

rrable estigma del crimen y de la traición. ¿Quiénes fueron? ¡Para qué nombrarlos si sus nombres execrables están en todos los labios honrados! Para qué exponerlos a la vindicta pública una vez más, si el dedo inexorable de la opinión los señaló desde el primer instante, no obstante las patrañas de que se valieron para desviarla?

Más, corramos piadosamente un velo sobre esta época menguada, ahora que mediante el portentoso esfuerzo de las Naciones Unidas y la visión profética de un hombre, cuyo nombre esclarecido pasará a la posteridad como el de uno de los más grandes campeones de la libertad y dignidad humanas: me refiero a Franklin Delano Roosevelt, dieron en tierra con la Bestia Totalitaria Nazi, que en insensato delirio de dominación, intentara avasallar al mundo, desencadenando la hecatombe más espantosa en los anales de la historia. Ahora, digo, que de las ruinas y el caos emerge, cual promesa de redención, la aurora de un sol esplendoroso de paz, justicia y bienandanza para la empavorecida humanidad y abriguemos la esperanza de que llegue, siquiera un destello vivificante de a este apartado confín del mundo, en el cual nos debatimos afanosamente en estéril brega por la existencia. . . . !

Rafael Andrade Thomas

NUESTRO GENERAL JULIO ANDRADE

(Prólogo al libro de Eduardo N. Martínez)

Impresión de reciedumbre, pero también de gallardía. De talento fino, amplia cultura y caudalosa validez política. Figura de héroe militar y civil. Nombres de Grecia y Roma que se asoman a las ventanas del recuerdo. Así, en las lejanías de mi apartada ciudad del Sur, de mi Loja soterraña y trasmontana —últimamente mutilada por la avidez de afuera y la traición de adentro—; así me llegaba, en las hojas ávidamente esperadas de los diarios de Guayaquil y Quito, en días de infancia inquieta y, —ay!— tan lejana, la figura varona del General Julio Andrade.

Mi primer encuentro con el acontecer político ecuatoriano, —en tiempos provincianos luminosos, de baño en el río y paseo de capulíes, en que aún considerábamos pecaminoso aquel "pues bien yo necesito—decirte que te quiero"— me produjo un traumatismo moral de poderosas consecuencias. Moneda de todas las horas, campana de todos los repiques, subraya de todos los corajes, era aquel "viva Alfaro", que se paseaba, como el viento, por todas las calles de mi pueblo. Y de

pronto, sin que esté en nuestro programa de engaños al maestro de lectura o de broma al compañero de banca, el 11 de Agosto de 1911, otras gentes, quizás no vistas todos los días, en grandes grupos compactos y rabiosos, recorrían las principales calles, como dueñas de ellas, gritando otra cosa: "muera Alfaro". Y gritándolo tan enrabiadamente, que las puertas de las tiendas se cerraban, y, como en los días de tempestad y rayos, en las casas se rezaba el Trisagio:

"Santo, santo, santo,
Señor de los Ejércitos. . . ."

Ese fué mi primer encuentro, mi primer contacto con el vivir político del Ecuador: una infancia rodeada de un grito, sonoro como rodela de metal que tintinea en las calles: viva Alfaro, se despierta un día con que los vecinos de la ciudad tranquila, se han puesto súbitamente furiosos, y han resuelto dejar su hacer, para lanzarse como energúmenos a vociferar: muera Alfaro.

En Quito, en la lejana capital donde "reinaba" Alfaro, había ocurrido lo siguiente: habían tumbado a Alfaro. Y entonces sí, desde ese momento "entramos en política". Preguntar, indagar, esperar los periódicos con avidez, como una entrega de novela policial, después de haber leído el episodio en que el puñal del asesino queda suspendido sobre la cabeza del joven maniatado

Y llegaban los periódicos. En "El Ecuatoriano", de Guayaquil, que recibía mi tío, grandes muestras de alegría por la "liberación del país". En "El Grito del Pueblo", que recibía mi madre, conceptos y, más que todo estampas. Diarios de Quito con nuevos nombres y nuevas figuras.

Y, poco después, el gran drama "en dos ciudades", como en la novela de Dickens. Y en muchos campos de batalla, con mucha sangre, con inmenso dolor, y el desarrollo de crímenes políticos tan bárbaros, que mi pensamiento y mi sensibilidad necesitaba referir un poco a la técnica de la novela de aventuras, para no sufrir demás.

Esa fué la campaña dramática y heroica, en veces alta de ideal, en veces abominable de traición, odio entre hermanos, crimen colectivo inexcusable: Diciembre y enero. Años: 1911 y 1912. Campaña que se inició con una sublevación militar, seguida de un crimen tenebroso: el asesinato del soldado montuvio, flor de montuviez, campechanería y lealtad amistosa a su manera: Pedro J. Montero. Campaña que se cerró, —momentáneamente— con un crimen que derrota a todas las palabras de abominación del diccionario, por su contenido de odio canibalesco, su realización de chacal y de hiena, su bochornosa y repugnante hipocresía: "la hoguera bárbara", según la expresión de Pareja y Diez Canseco, en la que perdieron la vida a manos de turbas fanatizadas y cobardes, el General Eloy Alfaro fundador del Partido Liberal Ecuatoriano, y todos sus tenientes.

En medio de la negrura del cuento trágico que relataban los periódicos, surgían destellos restallantes e iluminadores: una actitud de nobleza, de valor o generosidad, una faz gallarda, una apostura y un continente de hombre. Y para el muchacho de la lejana ciudad, esa figura que se sigue con simpatía, que nos acompaña para consolarnos de las infamias de los "malos"; ese per-

sonaje bueno del drama nacional, fué desde que asomó en la escena, el General Julio Andrade.

Si tuviera dones de retratista, reproduciría la imagen de esos días infantiles, la que ví en los periódicos. Muchos y buenos retratos del General Andrade he visto después, pero uno que ilustraba el relato de la batalla de Huigra, en los días mismos de la campaña, se nos ha quedado para siempre. Tengo pues yo, "mi Julio Andrade". Inmodificable por la nueva imagen que me ha llegado de él.

Y la figura del hombre en actitud histórica, se me quedó también grabada, un tajante fulgor, una derechez esbelta del espíritu, una nobleza llena de varonía, una energía de jefe, vulnerable a los asaltos humanos de la sensibilidad, por los causes del dolor y de la comprensión. Una grande y sonora capacidad de cólera.

El era el héroe de la conseja épica. En él estaba fincada la esperanza de salvación de los buenos, de liberación de los cautivos. El era el Don Roldán del cuento de la Mesa Redonda. Y cuando a cada nueva entrega de episodios —léase llegada de periódicos— ansiábamos saber la liberación de la princesa, el encumbramiento y gloria debida al Héroe, nos llega el desenlace inesperado, que nos hiere en lo más puro y diamantino de la vida: la esperanza. La noticia era así: el 5 de marzo de 1912, Julio Andrade, el General Julio Andrade —sí señores— había sido asesinado en una encrucijada, cobardemente, absurdamente. No en la justa o el torneo de los hombres, sino por un balazo anónimo, seguido del empujón de un armario sobre el hombre que cae....

Algo nos había contado el maestro sobre el asesinato de Sucre. Pero lo veíamos lejano, tanto, que lo confundíamos con el asesinato de Nuestro Señor....

Pero esta vez, era casi en presencia nuestra, en nuestros propios días y en nuestras propias horas. . . . Acaso mi espíritu, al contacto de aquellas dos tremendas realidades de infancia, se curó ya de las sorpresas de la ingratitud, y sabe medir la tónica de los afectos y los desafectos, de las lealtades y las amistades en política. . . .

x x x

Así, dramático, tempestuoso, fué el encuentro de mis pocos años de provinciano, con la estatura erguida y varonil de Julio Andrade. Sobre esa prefiguración inicial-definitiva en mí, pero fragmentaria —y acuciado por la inquietud irrevocable despertada en mi espíritu por la tragedia, traté de acercarme un poco más a la verdad civil, humana, militar y política de esta vida señera. A lo que de esa verdad quedaba en la crónica, oral o escrita, en el documento oficial, en la anécdota viviente, en la sensibilidad política.

Y lo primero que supe fué que este hombre de la patria, formaba parte de un equipo familiar que venía escribiendo —y más que todo, haciendo— la historia de la patria: los Andrade y los Moncayo.

Supe que era hermano menor de don Roberto, ese personaje discutido, vilipendiado, calumniado, aborrecido; pero que reencarnó —en todas las líneas del valor personal y de la honestidad— la figura excelsa de Marco Bruto, el magnicida virtuoso, de vida y costumbre ejemplares que, en el proceso por la muerte de Julio César —no sentenciado aún por la historia después de dos mil años—, ha obtenido sinembargo el veredicto del genio, absolutorio y glorificador, con las frases

que Shakespeare pone en boca de Marco Antonio, el sobrino y más grande admirador de César:

"Marco Antonio.— (Dirigiéndose al cadáver de Bruto). "Este es el más noble de todos los romanos! Todos los conspiradores, menos él, obraron por envidia al gran César! Sólo él, al unirse a ellos, fué guiado por un honrado pensamiento patriótico y en interés del bien público! Su vida fué pura, y los elementos que la constituían se combinaron de tal modo, que la naturaleza, irguiéndose, podía decir al mundo entero: "Este era un hombre".

El General Andrade, lo repito, era hermano menor de ese Don Roberto, historiador no a la manera fría y catalogadora de los historiadores "desaparecidos y serenos", sino a la manera cálida y apasionada que aconsejaba Tácito; y al modo ardiente, estimulador y luminoso de Michelet, el creador de la historia contemporánea, como disciplina dinámica, fuente de energías humanas, remodeladora y maestra del presente y del futuro.

El General Andrade era hermano mayor del Coronel Carlos Andrade, hombre tallado en piedra. (Acaso, y este es un secreto estético que no he de revelar, su hijo el gran escultor nacional Jaime Andrade, aprendió su oficio de dominador de la piedra en fuerza y en belleza, frente a la escultura viva; carácter y rectitud, de su padre, el Coronel Andrade. Y acaso también Raúl Andrade, dueño del mejor estilo de prosista con que cuenta hoy el Ecuador, rebelde, aislado en sus cimas de sueño, recibió el estigma —como en el caso de amor y de dolor de la leyenda franciscana—, ennoblecedor y purificador de su estirpe de hombres fuertes, sacrificados y altivos).

El Coronel' Carlos Andrade: verticalidad moral, valor indomable ante la postergación, la ingratitude, la bajeza políticas. Ultimo rompeolas liberal, que me tocó conocer y tratar. Solitario, impassible, en medio de la corrupción política y administrativa en que se debatía el Partido Liberal. El gran partido que, tras larguísima y heroica lucha, ascendiera al Poder, con su Jefe a la cabeza, Eloy Alfaro; y gracias a la pluma y la acción de hombres como Juan Montalvo, los Andrade, los Moncayo. Ese partido lleno de iniciales gallardías que, a los diez y siete años de ejercicio del poder, ya mereciera de Julio Andrade, en ocasión dramática, la sentencia terrible: debe desaparecer "por corrompido y por infame".

x . x x

Hemos seguido —sin que el manuscrito se cierre en nuestras manos antes de doblar la última página—, la vida deslumbradora y clara de Julio Andrade, guiados por la compañía ágil, penetradora y vibrante de Eduardo N. Martínez, valiosísimo intelectual carchense, "paisano" de su ilustre biografiado. Compañía cordial para el lector, y admirativa y justiciera para el héroe. Este hombre diamantino de nuestra historia coetánea, a quien Eduardo Martínez, en un valioso acierto de subtitulación cognónima: el Bayardo, en recuerdo de aquel caballero galo *sans peur et sans reproche*.

Dentro de la geografía moral y espiritual de nuestra patria, apenas existe una región de contornos y fisonomía tan definidos como el Carchi. Eduardo Martínez estudia, a la luz del pensamiento y los medios

de investigación contemporáneos, la "vocación" de esa patria chica de Julio Andrade, que es también la suya. Y de ese estudio —acaso como de ningún otro dato— surge la posibilidad, la realidad, de un hombre así, entero, alto, enardecido de amor por su patria— por la grandeza, la libertad y la justicia de su patria; y, sobre todo, "nada menos que todo un hombre", por la rectitud severa de su juicio, por la clarificada potencia de su opinión, por su coraje civil y militar. Por su optimismo. De acuerdo con Adler, Eduardo Martínez califica a Julio Andrade como un "optimista sobresaliente".

x x x

Julio Andrade resuelve victoriosamente, en su propia personalidad, la vieja disputa cervantina de "las armas y las letras". El, hombre de espada, es también y en ancha proporción, un hombre de cultura. Lecturas y estudios. Construcción austera de su personalidad, dentro de una tónica de seguridad en sí mismo, sin jactancia, pero jocunda humana, jubilosa diríamos. La sombra de Plutarco presidiendo su afición histórica, como en todos los políticos románticos. Y, platicando familiarmente con su juventud ilusionada y libertaria, los hombres puros de la Revolución Francesa, los hombres de himno y de sueño; aquellos girondinos que ambicionaban —puros, férvidos, infantiles— fundar la vida sobre la base del hombre bueno para el hombre bueno.

Para mí, acaso ninguna frase de nuestra literatura política, llega a la altura cordial y humana de esta de

Julio Andrade, después del sacrificio bárbaro de Alfaro y sus compañeros:

"Mi tristeza es inmensa e incurable. Mi alma está limpia y clara como la de un niño".

x x x

Así, grande y bueno, valiente y culto, justiciero y altivo, este hombre claro de nuestra tierra. Ejemplar nobilísimo de varonía y de generosidad, de equilibrio constructivo y de buen corazón. Así, lo sabíamos todos entre la imprecisión cariñosa de nuestro recuerdo. Así nos los da hoy, la pluma justiciera y ágil de Eduardo N. Martínez.

Benjamín Carrión.

JULIO ANDRADE

EL CIUDADANO — EL DIPLOMATICO

(Conferencia del señor Luis Robalino Dávila en la Universidad Central de Quito, el 9 de agosto de 1945)

Debo al "Comité Central Julio Andrade" la honra y el agrado de ocuparme hoy de uno de los varones eximios de nuestro pasado inmediato. Orgullosos el fuerte Carchi de ser la cuna de la fuerte personalidad de Julio Andrade, ha querido perpetuar su memoria en el bronce, y tan justo homenaje tuvo enseguida eco placentero en esta Capital. En la Avenida de la Patria que comienza a ser el Panteón de nuestras glorias, Julio Andrade se hallará cerca de Montalvo, Borja y Cárdenas, sus maestros de liberalismo; y por una piadosa disposición de la Providencia, su busto estará frontero de la casa de su noble compañera e hijos, a quienes amó él con fervor que solía poner en sus sentimientos aquel abundoso corazón.

El presente Elogio no es un trabajo de crítica histórica. Estamos en vísperas de Apoteosis y bien quisiera no empañarla con el recuerdo de hechos dolorosos de orden interno e internacional. Pero habiendo

recibido el encargo de hablar de Julio Andrade como ciudadano y como diplomático, me veo forzado a tocar aquellos sucesos si no fuera más que para saber la repercusión que tuvieron en su espíritu y conocerlo así mejor. Lo haré, desde luego, sin prejuicios de ningún género ni menos acritud. La mano misericordiosa del olvido pone un bálsamo sobre toda herida, y se puede pensar con el poeta que, talvez, "crímenes son del tiempo y no de España".

x x x

Nació Julio Andrade en la vieja casona de su muy honorable familia, en El Puntal, hoy Bolívar, el 21 de octubre de 1866. Don Rafael Andrade, bravo agricultor, y doña Alegría Rodríguez, tan hermosa como abnegada, tuvieron trece hijos, siendo Julio el noveno. De su padre dijo en 1901: "Los que lo conocieron saben bien, lo que él llamaba ser modesto y ser honrado: modesto hasta la humildad, honrado hasta ser impecable. Como ciudadano, eso quiero ser yo y me parece bastante".

Primeras letras en la escuela de su pueblo natal; segunda enseñanza en el Seminario de "San Diego" de Ibarra y luego en el Colegio "San Gabriel" de Quito; por fin el comienzo de la carrera de abogado en la Universidad Central. Pero los tiempos son de lucha; el General Veintimilla domina al país; los ánimos se hallan inquietos y el ardoroso de Julio Andrade resuelve abandonar las aulas para combatir contra la dictadura: adolescente aún, se alista en la División del Norte a órdenes de su coterráneo el General Landázuri. Estudios?

Mas tarde, cuando haya cumplido sus deberes de patriota.

Pacificada la República con el triunfo de la Restauración, vuelve el joven Andrade a la Universidad; estudiá con afán, da muestras de mucho talento y de altivez. La política le seduce irresistiblemente: acude a la barra de los Congresos donde aplaude a los oradores liberales; escribe en periódicos oposicionistas, es corresponsal de alguno de Guayaquil; habita unos días en el Panóptico en tiempos del Presidente Caamaño.

A los veinte años se casa con la bella, dulce e inteligente hija del químico francés Mr. Jules Thomas, y antes de concluir sus clases universitarias, ineludibles obligaciones de familia le llevan a París. Entra allí Julio Andrade en la vida intelectual y social, merced a los distinguidos parientes del que fuera su suegro. Sigue en la Soborna varios cursos, sobre todo de Filosofía, Ciencia Económica y Derecho Político; asiste asiduamente al Colegio de Francia del que es entonces administrador Renán; además de continuar en su docta cátedra, escucha las lecciones del autor de "La Reforma" intelectual y moral "Va también, con suma frecuencia a oír los debates de la Cámara de Diputados y se empa en la oratoria francesa.

Ensanchado el horizonte de su inteligencia con tales estudios, el viaje y la atmósfera de París, Julio Andrade regresa a Quito al cabo de tres años. Trata de terminar la carrera del derecho. Mas, estamos en 1895. La República arde de un extremo a otro: el llamado "Asunto del Esmeraldas" recrudece la oposición existente allí contra el Gobierno a conservadores y liberales. Estos ven que la coyuntura es favorable para

surgir y abrigan grandes ideas de transformación política. Julio Andrade tiene 29 años, es liberal congénito, hombre fogoso, valiente, organiza con dos amigos una expedición militar; sale al centro del país en unión de jóvenes entusiastas; libra escaramuzas; recibe una herida en la pierna; combate y triunfa en Guaranda; y cuando el 5 de Junio Guayaquil proclama Jefe Supremo al General Eloy Alfaro, se une a sus fuerzas y pelea en Gatazo como Jefe ya de una división.

Durante los diez y seis meses de Gobierno de facto, ha corrido mucha agua bajo los puentes Claro, es un período de incesantes luchas armadas; los conservadores no se dan todavía por vencidos y los vencedores reprimen las sediciones con mano dura; pero no son felices, ni mucho menos, los primeros pasos del Nuevo Régimen, especialmente de algunas de sus autoridades locales, en orden de apaciguamiento de los espíritus, a raíz del triunfo de la Revolución. Siguen represalias, violencias de todo género y hasta tragedias

Todo ello impresiona a Julio Andrade. Muy otros fueron sus sueños al luchar en los campos de batalla por la Transformación: El es liberal de convicciones profundas formadas desde adolescente al ver los desmanes de la dictadura de Veintimilla, por la enseñanza de los grandes liberales de antaño en la época de la oposición, y cimentadas con estudios y meditaciones en Francia al calor de su ambiente. Para él, el liberalismo es razón, tolerancia, sentido democrático, sometimiento a la ley, respeto a la opinión pública, derecho, justicia. Piensa sin duda, como pensara Vicente Piedrahita ante un golpe de cuartel de los nuestros, "que el poder, cual-

quiera que sea su origen y forma constitutiva, ha de ser siempre una fuerza de conservación y de moralidad; y ningún pueblo lo confiere para su destrucción y desvirtuamiento". Cree que el Estado liberal no es el dueño de los ciudadanos sino su delegado; sus decretos no se imponen en virtud de una fuerza que le es propia, sino en virtud de la autoridad que los individuos le han concedido; su papel se encuentra determinado y limitado por un doble propósito; permitir a la persona humana utilizar plenamente sus facultades en un régimen de libertad garantizada, y llenar las tareas y servicios necesarios a toda vida colectiva.

Con tales ideas, y entristecido por lo que viera durante los meses que precedieron a la reunión en Guayaquil de la Asamblea Constituyente, el 9 de Octubre de 1896; fué Julio Andrade a ella como Diputado de Imbabura con la esperanza de que la nueva Carta Política consagrara los verdaderos principios liberales y el futuro Gobierno Constitucional hiciese olvidar los excesos del período precedente.

Varias discusiones de la Convención versaron sobre el Clero. Para comprenderlas, es menester recordar que una parte de este tomó cartas en la política durante el antiguo Régimen. Algunos seculares y regulares, nacionales y extranjeros, junto con grupos conservadores intransigentes, llegaron a hacer oposición al Gobierno del Dr. Antonio Flores por haber suprimido el Diezmo contribución que muchas veces pesaba como loza de plomo sobre los infelices indios y sobre la incipiente agricultura, aunque lo suprimiera de acuerdo con el Vaticano; amargaron al vida del historiador González Suárez, y a fuerza de ceguera, aceleraron la reacción

que vino, incontenible, en 1895. Fué preciso que llegara mas tarde al Obispado de Ibarra y luego a la Sede Arzobispal de Quito el clarividente Apóstol del patriotismo, para abrir los ojos del Clero y contenerlo dentro de los límites de su ministerio.

En la Asamblea de 1896 fueron, a veces, vehementes los debates sobre asuntos eclesiásticos. Julio Andrade, tolerante y sostenedor de la Doctrina Liberal hasta sus últimas consecuencias, no quiso represalias, ni otra era de desacuerdos, ni una nueva reacción. Así lo dijo al oponerse a que se impida la inmigración de religiosos, añadiendo que ello tendría pésimos efectos en el exterior, y que para el progreso del país, era conveniente dejar en libertad al clero y a la escuela conservadora, a fin de que exista la competencia con el liberalismo.

Cuando se trató de que los Senadores deben ser estado seglar, expresó que, si son ciudadanos los clérigos, deben serlo en toda su amplitud, sin cortapizas ni limitación injusta, así en el derecho de elegir como en el de ser elegidos. Terminó su discurso en estos términos:

"En efecto, ya alguien lo ha recordado: el Senado conservador de 1894 expulsa de su seno al señor Felicísimo López contra toda ley, contra todo derecho, contra toda razón, contra toda conveniencia. Dos años más tarde la Asamblea Liberal en que nos encontramos, excluye a los clérigos de toda representación, así mismo contra toda ley, contra todo derecho, contra toda conveniencia, contra toda razón. Y de esta manera las cuentas quedan saldadas. . . . Pues yo afirmo que si hemos venido a saldar cuentas; que si el resultado de

una revolución llevada a tan dichoso término después de años interminables de amargura, no ha de ser otro que la sustitución nominal de un partido por el otro, del Conservador con el Liberal, y que en lo demás han de continuar los mismos errores, las mismas faltas, las mismas injusticias; yo afirmo, señores, que no hemos hecho obra de patriotas ni menos de liberales convencidos".

¡Saldar cuentas! ¡Venganzas y no justicia! ¿No es la tarea infanda que se hizo y continuó haciéndose, antes, durante y después de 1895, en todas nuestras revoluciones? Condenarla en forma tan elevada, coloca al generoso Julio Andrade en muy alto sitio entre nuestros políticos.

Y ya tiene, a los 30 años, la amplia visión del estadista. En el mismo debate expresó el anhelo de que su partido asegure la paz y se consolide en el poder, no por medidas odiosas ni oprimiendo al enemigo, sino por su voluntad incontrastable de hacer al país próspero y grande con obras fundamentales como el ferrocarril. Y el militar, desconfió de la eficacia de las bayonetas.

"No me llamo liberal por haber catalogado mis ideas sino porque en mis actos no tengo otra norma que la recta razón", replicó a alguien que le acusara de defender una tesis de los conservadores.

Y con esa sensibilidad delicadísima que fué una de las características de Julio Andrade, se opuso al proyecto de levantar un monumento en memoria del Ejército Liberal del 95, aunque le tocara buena parte en el homenaje, porque la ciudad acababa de ser víctima de un destructor incendio.

No cabría, dentro de los límites de esta conferen-

cia, relatar las admoniciones clarividentes del Diputado de Imbabura a sus colegas de la Asamblea, las palabras ardorosas, que en ella pronunció, las actitudes nobilísimas que tuvo; las intervenciones parcas pero siempre oportunas en los debates; los variados conocimientos que manifestó, especialmente en Ciencia Constitucional, Economía Política y Finanzas; las cualidades de orador elocuente y a veces irónico; sus arranques de indignación contra las barras ad-hoc que escarnecían a los Diputados de minoría y vitoreaban a "los 40 votos, estos 40 eternos votos", según dijo en alguna ocasión.

"Por lo que pueda ocurrir observó otro día que conste, señor Presidente, que conste, señores Legisladores, que por la tercera vez en el decurso de las sesiones que aquí ha tenido la Asamblea, se ha atendido debidamente por quien corresponda, a cierto juego escénico". Y dirigiéndose a la barra exclamó: "¡Bienvenidos, señores Soldados, bienvenidos!".

El 13 de Enero de 1897, la Convención, ya en Quito desde Diciembre, eligió Presidente Constitucional de la República al General Eloy Alfaro. Julio Andrade le negó el voto, dándolo en blanco y firmado. "No seré jamás caudillo —dijo años después, acaso como explicación de su actitud de entonces— ¿General-Caudillo, General jefe de bandería política, no en la vida! No será mi espada la que provoque disturbios en la República".

En unión de muchos Diputados, el de Imbabura presentó el proyecto de reconocimiento de la beligerancia de los cubanos en la contienda que sostenían entonces con el Gobierno español. Se aplazó la moción en medio de un debate muy acalorado; y al día siguiente

tuvo Julio Andrade una escena violenta con un notable jurisperito y orador de la Asamblea. Esta se constituyó en sesión secreta en la cual, tomando en seguida la palabra, dijo Julio Andrade: "Conozco que he faltado a la Asamblea, y por lo tanto solicito mi expulsión". El Honorable Diputado en referencia, dijo a su vez: "No puedo consentir que se expulse al Diputado señor Don Julio Andrade", e indicando que sabría vengar en otra forma el agravio recibido. Se empeñó así un duelo de magnanimidad entre esos dos caballeros que por poco dejaron el recinto de la Cámara. Los pareceres se dividieron entre castigar a los dos o a uno sólo. Triunfó el último, y Julio Andrade fué expulsado el 12 de Marzo de 1897, no obstante los esfuerzos de la minoría, sin embargo del informe contrario de la Comisión especial que declaró ilegal la pena y a pesar de la reconsideración pedida.

Al otro día se presentó en la sesión ordinaria; estuvo irónico con sus compañeros, les habló de que él era hijo espúreo de la familia liberal y ellos sus genuinos representantes, terminando con estas generosas palabras:

"Yo me alejo de vosotros sin odios, sin rencores, sereno, con la conciencia tranquila y risueña como la de un niño, pero con el alma llena de tristezas y de crueles desalientos. He venido a manifestaros que acato vuestro fallo y que os deseo todo bien. ¡Os saludo, señores Diputados del 97!"

¡Dichosos los tiempos en que había elegancia moral e intelectual entre los hombres públicos, aún en medio de sus arrebatos!

... Quizá a manera de desagravio, la Convención, al

terminar sus sesiones, eligió a Julio Andrade, Ministro Juez del Tribunal de Cuentas. Aceptó ese como, retiro provisional de la vida política, poco adecuado, sin duda, a su carácter ardoroso, mas propicio para estudiar, meditar con serenidad y ver el panorama del mundo y de la patria.

Alterando el orden cronológico con el objeto de reunir en un solo cuerpo cuanto, se refiere al político liberal, veamos las ideas expresas por Julio Andrade en algunas cartas póstumas. Una de ellas contiene la célebre frase que ha quedado en la memoria de todos: "Es preciso, es urgente, que el liberalismo machetero ceda el puesto al liberalismo pensante".

Ese su amplio liberalismo, "mas bien europeo que ecuatoriano", según solía decir, fué condensado en las mencionadas cartas al ser exhibida su candidatura a la Presidencia de la República. Año y medio antes, Monseñor González Suárez, en charla íntima con algunos de sus amigos de la memorable Junta Patriótica Nacional, había dicho que, si los liberales quisiesen acertar de veras en la elección de Mandatario, debían fijarse en Julio Andrade, no sólo por su vida pública sin mancha y sus importantes servicios a la patria en el exterior, sino porque sus estudios en Europa, sus viajes y la práctica de los negocios públicos, le recomendaban como uno de los liberales mejor preparados para el ejercicio de la Primera Magistratura, y esta opinión venida de tan alto y que en cualquiera parte del mundo hubiese decidido la consagración definitiva de un personaje, sirvió, por desgracia, en nuestro Ecuador de la época, para insidias contra el Candidato de 1912 y para decir de él que tenía pactos secretos con clérigos y conservadores.

Con su criterio de político civilizado y su conciencia de hombre íntegro, rechazó siempre "el empleo indefinido y salvaje de la fuerza como medio de gobierno", según los enérgicos conceptos de una de aquellas cartas. Aquello del "peligro conservador" (como antaño el peligro liberal), mereció de Julio Andrade declaraciones que sorprendieron por su audacia. Como se le pidiera apoyar una candidatura Presidencial so pena de que los conservadores triunfen en las elecciones, respondió: "Pues que triunfen, que gobiernen!" Y luego se extendió en consideraciones sobre la imposibilidad moral en que se hallaba de servir de instrumento para la continuación del sistema de imposiciones y fraudes electorales; sobre la necesidad de que los liberales se desprendan de la pretensión de que el gobierno de la República les pertenece a perpetuidad; y de que, si no pueden conservarlo haciéndose respetables y queridos por actos de virtud y de acierto, no tienen en qué fundar derecho para eternizarse en el poder. Quiso libertar a su partido del caudillaje de entonces, reuniéndolo en torno a los principios y organizándolo sólidamente. Más de una vez habló al General Alfaro en cartas de Bogotá. Y anhelaba que nadie, ningún hombre, ninguna agrupación, ningún partido, por poderosos que sean, se atreva a afirmar que cuentan con el Ejército para prevalecer en las contiendas; y que la República se sienta confiada y tranquila en lo referente a la defensa exterior, la paz interna y la estabilidad de las instituciones.

Todo esto, en aquellos tiempos especialmente, era sembrar la buena semilla y adelantarse al futuro con ojo avizor de estadista.

Se dijo que Julio Andrade fué inconsecuente con sus amigos políticos, sin comprender que los principios, para un espíritu sincero como el suyo, están sobre las personas. ¿Errores, arrebatos, ofuscaciones?... ¿Y cuál político no los ha tenido en medio del fragor de las luchas? Lo que importa es rectificar yerros y seguir adelante en la ruta trazada por convicciones profundas, y así lo hizo Julio Andrade toda su vida.

En su época las cuestiones sociales no habían tomado aún la importancia actual. Su liberalismo fué naturalmente, un liberalismo ante todo político. Pero es obvio suponer que, de vivir siquiera unos 15 años más, la amplitud de su mente le hubiese hecho evolucionar hacia lo que se llamó en Francia, antes de 1939, neo-liberalismo o liberalismo social; escuela que extiende, mucho la intervención del Estado, quedando siempre fiel, desde luego, a los postulados de la libertad; y que señala la distinción que debe hacerse entre el liberalismo económico —sistema de producción— y el orden social, filosofía en virtud de la cual el Estado debe tener en cuenta no sólo leyes económicas sino también, consideraciones sociales.

x x x

Acaso pueda decirse que el brillante período diplomático de Julio Andrade comenzó en Cuenca Llamado por el primer Gobierno del General Plaza, en 1901, al servicio activo de las armas, una vez ascendido al Generalato por el Congreso de ese año, dejó su retiro del Tribunal de Cuentas y partió como Comandante General del Azuay.

— 64 —

Cuenca era el foco principal de la resistencia a los Gobiernos de entonces, celosa de sus fueros de ciudad de vieja cultura; indignada de que las imposiciones electorales llegasen a intervenir en la vida municipal y de que así se le arrebatara "lo nuestro, lo irremediable", como decía Crespo Toral. Hallábase el gran escritor y poeta en la plenitud de su vigor intelectual; vivían Cordero, Vázquez, Moreno, Arízaga, Muñoz, los hermanos Cordero Dávila y tantos espíritus selectos; y desde su refugio de "Charasol", el venerable Don Antonio Borrero se preocupaba siempre de la cosa pública. Julio Andrade, civil antes que militar, hombre de letras más bien que de espada; ilustrado y ameno conversador, cortez a la antigua usanza; ayudado también por sus dotes físicas: cuerpo esbelto, silueta fina, cabeza erguida de pelo rubio como la barba, frente despejada, ojos de mirada suave, voz de timbre armonioso; se hizo a poco estimular y queñer de los cuencanos. Intimó con los mejores ingenios, trató a los conservadores con exquisitas consideraciones; gobernó la provincia con tacto desusado para todo un Señor Comandante General de los que hemos solido gastarnos en nuestra tierra Y al salir, recibió homenajes y dejó recuerdos gratísimos.

Ocupó luego el Ministerio de Instrucción Pública. Dados sus hábitos de trabajo, se entregó por entero a sus nuevas tareas, entre las cuales sobresale la ayuda eficaz prestada, con la clara comprensión de un hombre culto y con todo su cariño a Francia, a la segunda Misión Geodésica Francesa. El generoso entusiasmo del Ministro se manifestó una vez más en el acto solemne que para la clausura de los cursos solía antes ce-

lebrar la Universidad Central: después de escuchar el bello discurso " De Ariel", primicia y pronóstico de Gonzalo Zaldumbide, y el colocarle la medalla universitaria en el pecho, le abrazó pidiéndole al mismo tiempo marchar a París para completar los estudios en la Sorbona.

x x x

Once meses permaneció en el Ministerio. A comienzos de Febrero de 1904, vino al Ecuador el Ministro del Perú, Dr. Mariano H. Cornejo. Se había firmado, el 19, el Protocolo Valverde—Cornejo y estaba a punto de comenzar "el largo calvario" del arbitraje español. Era urgente acercarnos a Colombia y las circunstancias parecían propicias por otros aspectos: el reconocimiento del pueblo colombiano hacia el nuestro con motivo de la actitud del Gobierno del General Plaza a raíz de la segregación de Panamá. Y el Presidente y su Ministro de Relaciones Exteriores escogieron muy bien a Julio Andrade para Plenipotenciario ante el Gabinete de Bogotá.

Inteligencia rápida, conciencia profesional, patriotismo ardiente, amplia ilustración, espíritu jurídico, dignidad y energía, palabra elegante y persuasiva, pluma muy bien cortada, práctica del comercio de los hombres, manejo de idiomas, sobre todo del francés, don de gentes, liberalidad; tales eran las cualidades, además de las enumeradas antes, que señalaban a Julio Andrade para diplomático, a falta de escuela que nunca hemos tenido entre nosotros. Puede compararsele, por no pocas analogías, con el diplomático innato que fué

el Dr. Vicente Piedrahita y con el de larga experiencia Dr. Antonio Flores.

El Ministro Andrade llegó a Bogotá el 11 de Marzo de 1904 en compañía de sus inteligentes colaboradores, los Secretarios Dr. Luis F. Borja y Dn. Leonardo Fernández Salvador, siendo recibidos con entusiasmo oficial y popular. El 18 presentó sus Cartas Credenciales y con la actividad acostumbrada, telegrafió a Quito el 23 que se ocupaba ya de los arreglos.

Podemos hablar con toda claridad sobre estos asuntos definitivamente terminados y conocidos en la mayor parte de sus detalles. Nuestro Plenipotenciario llevó instrucciones para firmar varios Tratados, entre otros, uno de límites. Pero hubo discrepancias entre Jefes de Cancillería y Agentes diplomáticos por no poder aquellos darse cuenta cabal de las dificultades de éstos. Era también la lucha impotente de las ilusiones patrióticas con la "dolorosa y desnuda realidad" a que nos condujo la zambra política en que vivimos desde 1830

No olvidemos tampoco que estaba en Quito el Ministro Cornejo

Julio Andrade meditaba siempre sobre las dos escuelas que predominaban en el Ecuador en materia de límites y que él las llamaba: escuela jurídica y escuela diplomática. La primera —"cedulario colonial en mano"—según su gráfica expresión en carta al señor Don Luis Cordero— sostenía el perfecto e incontrovertible dominio actual sobre cuanto nos pertenecía como herederos de la Real Audiencia de Quito. La segunda, daba cabida a un nuevo elemento de arreglo —el de la recíproca conveniencia— y situaba las cuestiones limítro-

fes en el único terreno en que podían ser resueltas: el diplomático. El daba, naturalmente, preferencia a esta escuela, y aplicándola a los arreglos con Colombia desechó "el rigorismo terco y estéril" como calificara a la doctrina jurídica. Tenía también graves razones de táctica.

No firmó entonces ningún arreglo directo de límites. Alcanzó sí, merced a sagaces esfuerzos al rechazo colombiano del Tratado de arbitraje Tanco-Pardo sobre fronteras entre Colombia y Perú; y el 5 de Noviembre de ese año de 1904 suscribió el Pacto de Arbitraje ecuatoriano-colombiano que se le había pedido.

A últimos de Diciembre de 1905 estalló la revolución contra Dn. Lizardo García; el Ministro Andrade tuvo la primera noticia por el General Reyes, Presidente de Colombia, y ofreció por cable sus servicios militares al de su patria. Comentando tal suceso en carta al Gobernador de Guayaquil, le decía Julio Andrade que la impresión causada en Bogotá fué perniciosa y que ponía al Ecuador "a merced de la lealtad y aún de la benevolencia exclusiva de Colombia y tal vez del Perú en nuestros asuntos internacionales". Y pedíale ayuda a fin de obtener la licencia que había solicitado "para ir a ocupar —son sus palabras— mi puesto militar, el del honor y el del peligro en esta malhadada contienda".

El triunfo de la revolución fué rápido. Desde esa época y hasta 1909, hubo cambio continuo de Ministros de Relaciones Exteriores. Julio Andrade renunció su cargo en Febrero de 1906; mas, por acuerdo ejecutivo del 6 de Abril el nuevo Gobierno instó a nuestro Plenipotenciario a continuar al frente de esa importantísima Legación.

Dos años mas tarde, después de intenso trabajo, de conferencias diarias durante cosa de dos meses; secundado firmemente por el Presidente Alfaro que se dirigía en cartas o cablegramas al General Reyes cada vez que se presentaba una dificultad; Julio Andrade firmó con el Plenipotenciario Betancourt, el 24 de Mayo de 1908, la Convención de Amistad, Unión y Fronteras ecuatoriana-colombianas o "Tratado de los dos Julios" como se lo llamó en Bogotá.

Sus principales estipulaciones fueron las siguientes: como límites, en líneas generales, la Boca del Mataje al occidente, el Carchi al norte y el divortium aquarum entre el Putumayo y el Napo al oriente, y por las cabeceras del Ambiyacu hasta su desembocadura en el Amazonas; mención del artículo 26 del Tratado de 9 de Julio de 1856 con la obligación mucho mas precisa de la defensa solidaria del territorio que se distribuían los dos Estados "contra cualquier agresión extraña, sea cual fuere el campo en que esta se realice"; fomento de Misiones católicas en los respectivos dominios de la región oriental, protegidas por ambos Gobiernos; convenio para que Ecuador y Colombia procedan de acuerdo en sus relaciones y actos de política internacional respecto de los asuntos de interés común, "particularmente en cuanto se refiere a sus dominios en sus territorios orientales"; arreglo con Venezuela, tan pronto como fuere posible, para una Convención tripartita de amistad y unión perpetua a fin de conservar la integridad territorial de los tres países que constituyeron la antigua Colombia; extricto cumplimiento de las leyes de policía de fronteras y evitar así perturbaciones del orden en cualquiera de las dos naciones; libre nave-

gación del Amazonas y sus afluentes, etc. Las facultades dadas a la Comisión demarcadora de fronteras y la manera de realizar las operaciones, constaban en una Convención adicional incorporada al nuevo Pacto.

Seis días después, el 30 de Mayo, se suscribió entre los mismos Plenipotenciarios una Convención especial de alianza con el fin de hacer efectivo el dominio de los territorios que se habían dividido Ecuador y Colombia. Los dos Gobiernos se comprometían también a unir sus esfuerzos para conseguir en el juicio arbitral entre Ecuador y Perú ante el Rey de España, el reconocimiento de la vigencia del Tratado de 22 de Septiembre de 1829 y la fuerza obligatoria del Protocolo Pedemonte-Mosquera. Los Estados Mayores de ambas naciones estudiarían un plan combinado para la ocupación permanente de las regiones orientales y la eficaz defensa de todo el territorio.

El Congreso colombiano aprobó el Tratado Andrade-Betancourt el 8 de Agosto de 1908. Hubo alguna oposición, pero el General Reyes y todo su Gabinete tomaron a pecho el asunto y vencieron todas las dificultades.

El Presidente del Ecuador envió a su vez el Pacto al Senado el 26 del mismo mes y año. En septiembre, se aplazó la consideración. El General Alfaro hizo grandes esfuerzos para lograr fuese aprobado: reunía con frecuencia a los Senadores, convocaba juntas reservadas de notables, y el 22 de Octubre por Mensaje especial pidió la ratificación a la Cámara. Desde Bogotá el Plenipotenciario Andrade escribía al respecto largas notas, hacía repetidos cablegramas con toda clase de consideraciones y señalaba los peligros de un recha-

zo. En el Senado continuaba irreductible la oposición.
¿Por qué?

Lo que ocurrió es conocido pero demasiado doloroso para repetirlo con todos sus detalles en este día de homenaje. Contentémonos con decir que el vecino del sur proyectaba siempre su sombra hasta sobre nuestros arreglos con la hermana República del norte. . . . Y la lealtad ecuatoriana, con el pulcro anhelo de ir hasta los últimos extremos en el cumplimiento de promesas arrancadas con maña por un adversario sin escrúpulos, se encontraba inerme ante su audacia. . . .

Hubo, por otra parte, Senadores que, "cedulario colonial en mano", rechazaron el Tratado Andrade-Betancourt porque entregaba a Colombia Pasto, Buenaventura, Barbacoas, y alguno menospreciando, sin duda, la alianza en forma establecida por el Pacto y reforzada por el especial del 30 de Mayo, afirmó: "Regalaremos la tercera parte del territorio a Colombia, y compraremos una guerra con el Perú"; amenaza ésta que provenía, probablemente, del astuto Agente diplomático peruano, sucesor del Dr. Cornejo, y que gozaba de extensas relaciones y aún entronques en Quito.

Varios reconocieron la bondad del Tratado y celebraron las dotes del negociador ecuatoriano.

Por fin, no obstante la nota del Ministro de Colombia que pidió una situación clara y definida con el rechazo del pacto más bien que con su aplazamiento, ya que su Gobierno consideraría como equivalente a aquél; el 25 de octubre de 1908, resolvió el Senado aplazar la discusión, con sólo dos o tres votos en contra, hasta que el Real Arbitrio pronuncie el Laudo en arbitraje entre el Ecuador y el Perú.

Un año después, el Congreso de Bogotá derogó la ley que aprobara el Tratado de 1908; y Julio Andrade, desalentado y triste, consideró terminada su misión y pidió al Gobierno de Quito "que se piense en acreditar otra que con mejores luces —son sus palabras textuales— y más fortuna que yo, nunca con mayor patriotismo me aventaje en resultados".

Veamos los caracteres más notables del Pacto. En materia de límites diremos simplemente que fijó, no los antiguos derechos, ya que ello era imposible sino hechos ineluctables y, con ligeras variaciones, las fronteras alcanzadas, al cabo de muchas dificultades, ocho años más tarde por el Tratado definitivo de 15 de Julio de 1916. Obtuvo sí una alianza en toda forma con la previsor, clarísima y detallada cláusula segunda que sin duda no fue posible conseguirla en el Tratado Muñoz-Bernaza-Suárez, no obstante la versación y patriotismo de nuestro Plenipotenciario. Las circunstancias eran también diversas en 1916 y muy otra la política de Colombia con el Perú."

El Tratado Andrade-Betancourt —según lo comprendieron sus inteligentes negociadores, como los Generales Alfaro y Reyes y el ponente especial del Congreso colombiano de 1909, Dn. Lucas Caballero tuvo, además, altísimo valor internacional al sentar las bases de aproximación entre los dos Estados y preveer el llamamiento a Venezuela; bases que podían con el tiempo confederar a las tres naciones. Para la reconstrucción de la antigua Colombia —uno de los ideales que más honra al General Don Eloy Alfaro— había, y hay aún, necesidades, intereses y conveniencias de todo orden, Austria, Italia, sin contar a la vieja Suiza, confederada

especialmente desde centurias atrás, y decía que el siglo XX estaba indicando, si no la unidad, la unión en varios pueblos de América Española.

Otro de los caracteres del Instrumento que nos ocupa fué la proclamación del Arbitraje obligatorio entre Ecuador y Colombia, dando así un ejemplo nobilísimo al mundo y adelantándose a los tiempos. Y eso, a poco del fracaso de las Conferencias de La Haya mucho antes de que, con tropiezos y merced a arbitrios varios, lograra la Sociedad de las Naciones obtener que unos pocos Estados se adhiriesen a la salvadora doctrina, mientras que otros permanecían —y quién sabe si permanecerán todavía, no obstante la Carta de San Francisco— encastillados en la concepción retrógrada del honor nacional, los intereses vitales y la soberanía limitada.

En 1908 acababan de ocurrir los tristemente famosos crímenes del Putumayo; y para prevenir nuevos desmanes de la codicia, como para civilizar las regiones orientales ecuatoriano-colombianas, defenderlas y conservarlas, se puso en el Tratado los artículos séptimo y octavo sobre fomento de las Misiones religiosas, apoyo a éstas de las autoridades civiles y militares, vigilancia de empresas o individuos, trata de indígenas....

A Julio Andrade, como a Julio Betancourt, cabe darles, no solamente el título de Internacionalistas, sino el más alto de Hombres de Estado.

Sin embargo de tan intenso trabajo en lo principal de su misión, nunca descuidó nuestro Plenipotenciario otros igualmente importantes. Si Vicente Piedrahita, el año de 1873, descubrió la existencia del Protocolo Pedemonte-Mosquera en los archivos de la Le-

gación de los Estados Unidos de Colombia en Lima; Julio Andrade obtuvo en Bogotá una copia de dicho Instrumento. Más tarde remitió a Madrid, al Dr. Honorato Vázquez, algunas de otros documentos relativos al mencionado Protocolo, y que mucho agradeció el abnegado defensor de los derechos ecuatorianos. Hizo buscar y encontró en los Archivos de Popayán, cartas, impresos, papeles varios y referentes a las negociaciones del General Mosquera con el Ministro Pedemonte, todos los cuales envió así mismo a la Corte de España. Y a Quito, copia del original conservado en Bogotá de "El Nuevo Luciano" de Espejo. Escribía con frecuencia al Dr. Vázquez para ponerle al tanto de los sucesos de Colombia. Una vez le habló de la conveniencia de que el Ecuador estableciera relaciones con el Vaticano como medio de conseguir su ayuda en el negocio territorial con el Perú. Ganó la estima y la confianza de Monseñor Ragonesi, Delegado Apostólico en Colombia, a quien solía informar a menudo de los asuntos ecuatorianos, como lo hiciera, desde luego, con sus demás colegas, todos amigos y apreciadores de nuestro Ministro.

Nada olvidó este gran patriota, trabajador infatigable y eminente diplomático. Se ocupaba de lo grande y de lo pequeño, si es que puede haber cosas pequeñas en el arte complejo de la diplomacia. Obtuvo la deferencia del Presidente Reyes y de todos los miembros de su Gabinete, y extendió mucho sus relaciones sociales, tan útiles el rato menos pensado, según pudo comprobarlo en varias ocasiones. Representó a su patria en Bogotá con celo, decoro, altivez y brillo. No estuvo allí, seguramente, sobre un lecho de rosas,

con tantas inquietudes, con sus incesantes esfuerzos y sus contrariedades patrióticas. Pero se halló rodeado de especiales consideraciones por parte del Gobierno, los centros intelectuales y la culta sociedad bogotana. Dejó huellas imborrables, estima y cariño, lo propio que su distinguidísima esposa y su familia toda. El Dr. Carlos Restrepo, Presidente de la República hermana en 1912, dijo de Julio Andrade: "Fue para el Ecuador una esperanza de paz y de justicia, para Colombia un aliado fraternal y para sus amigos un gran corazón y un caballero sin mancilla".

Me sería imposible ya ocuparme de las labores de nuestro Ministro en Caracas y de su óptimo desempeño en el Congreso Boliviano de 1911.

Debo concluir. Es el año funesto de 1912. Entra el General Andrade a Quito en medio de grandes honores, después de vencer a la insurrección militar, pero entra llorando por las víctimas de la guerra fratricida y por el recuerdo de la monstruosa hecatombe del 28 de Enero. Un comité Patriótico le galardona con laureles ofrecidos por manos delicadas de mujer. El comisionado de esa agrupación ensalza al General triunfante y dice en su discurso: "Que la piedad vuelva a los corazones, henchidos hasta ayer de odio y venganza!"; y el guerrero magnánimo interrumpe entre sollozos "¡Eso! ¡Eso!".

A poco, su candidatura a la Presidencia de la República. Hay tres candidatos. El instante es solemne. Liberales, conservadores, la masa ciudadana, reclama libertad de sufragio al cabo de tantos lustros de burla e imposición. No se hace caso, se desoye el clamor de un pueblo entero. Hay un silencio misterioso en la Ca-

pital.... Derepente, gritos en los cuarteles, caída del Gobierno que ofreciera imparcialidad en las elecciones, y la inmolación....

Así terminó, a los 46 años, la noble vida de Julio Andrade, apagándose con ella la esperanza de paz y de justicia de que hablara el Presidente de Colombia.



Señora Elisa de Andrade y sus hijas.

LO ULTIMO

Nada, nada va quedando. . . .

Las ilusiones caen, las últimas esperanzas mueren y caen como las hojas secas del árbol corrupto. Y ahí está para derribarlo el último hachazo, ahí está la última hazaña del monstruo.

Ya desmaya la ira en los corazones, ya palidece, trémula, la luz en los entendimientos, ya comienza la agonía, se va ya la vida en la sangre que fluye! . . .

Abrigid esperanzas los que teneis un caudal de emoción para derramarla como un río y como un mar sobre la llanura que va dejando desolada el hacha destructora de la horda! Tened ilusión los que podéis mantener, frente a la catástrofe, henchida y rica de gérmenes, la sensibilidad y esperais todavía flaraciones, los que, en medio de la tempestad, sentís calor en el alma y podéis hacer fulgurar el rayo! Tened fe los que sentís afluir a los labios palabras dignas con que contestar a los hechos, con que explicar las perfidias, con que protestar ante la brutalidad infinita! . . .

¿Dónde, cómo hallar la magna fuerza de pensamiento y de corazón con que ahogar la insolencia de la fuerza bruta, con que atajar el torbellino desencadenado que crece y se agiganta y se llena el espacio y nos empuja a la sima donde se sepultan la locura del criminal, el ansia asesina y suicida de la pasión violenta y torpe y la ceguera feroz del salvaje? ¿Cómo dar a la débil lucecilla de las ideas y al tenue palpar de la justicia en los corazones la potencia y la pujanza que fueran menester para combatir contra la inmensa tiniebla y la maldad inmensa. . . .

Estamos viendo los ecuatorianos, con hiel en el alma, que se supo aventajar a Montero; que se supo añadir la farsa y la comedia al mismo hecho infame. Huigra, Naranjito y Yaguachi! ¡Oh ilusiones! ¡cómo os arrancó del alma la mano grotesca de los bárbaros!... Huigra, Naranjito y Yaguachi, ¿qué os queda? Escuetas grandezas de la fuerza bruta, fierzas de la pasión y del valor, lucha de tigres ¿qué os queda? Ayer un espíritu de justicia animó el ímpetu bélico y os dió sublimidad, ayer la sombra de una idea penetró, iluminando las heroicidades y dióles magnitud moral ¿hoy? Heroicos soldados de la sierra, habéis derramado a torrentes sangre de hermanos por la infamia de otro hombre! ¡Lucha de tigres sobre una presa!

Ahí está el cadáver del General Julio Andrade, ahí están los despojos del más inteligente y heroico de los combatientes, abrumador testimonio de la eterna infamia! Le matan porque ayer les condujo a la victoria; le matán porque fué idea, porque fué nobleza, porque fué cultura, porque amparó con su valor la debilidad de la justicia! . . .

Ah! y qué ridículo es dejar brotar la emoción en medio de las conciencias muertas y de la pasión victoriosa! Es mejor guardarla, recatarla con el pudor de una virgen; huirla de la mirada de los bárbaros! . . .

¿Y pensar, discurrir, analizar friamente los hechos. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿para qué? Cuando un golpe de luz deslumbra la vista no se piensa, cuando la claridad lívida del rayo hiere en los ojos no se discurre. Es también un crimen cuando se ve al criminal obrar el crimen: se impreca, se llora, se protesta a grito herido o se calla.

Quito, Marzo 9 de 1912.

José Rafael Bustamante.

UNA DECLARACION DE PRINCIPIOS DEL GENERAL JULIO ANDRADE

La nota dominante en la vida del General Andrade, fue la sinceridad de convicciones hondamente arraigadas a la que subordinó todos sus actos. Reproducimos a continuación una exposición de principios que hizo en 1901: (De "El Tiempo" de Quito, N^o 23, de 8 de Noviembre de 1901).

"El General Julio Andrade se acercó ayer a la Redacción de este diario a conferenciar con nuestro Director; y por no haberle encontrado dejó por escrito la siguiente carta explicatoria, que reviste importancia política.

"Señor Director de "El Tiempo":

He venido a tomar sus órdenes para Cuenca y a rogarle que se sirva publicar en su periódico éstas a modo de declaraciones, que creo conveniente formular.

El día en que el señor General Franco publicó su

Último manifiesto, adhiriéndose al General Alfaro y reconociendo que la política de éste había tendido siempre a favorecer los intereses de la causa y las conveniencias del partido, ese día, fuí para el hombre que había exhibido yo en esta ciudad, como candidato de la agrupación radical opositorista y le dije que me considerase desde ese instante como políticamente desligado de él. Y si no dí a la estampa una exposición que tenía escrita en este sentido, fué por un acto de deferencia personal para con él.

Llevado de este mismo sentimiento y del cariño que el General Franco había sabido inspirarme, continué a su lado, procurando inclinarle el ánimo hacia la conciliación, puesto el caso de que el Congreso legalizara la elección del Candidato oficial. En este evento, pensaba yo, nosotros no podemos obrar sino por revolución o por conciliación. La revolución la rechazo en absoluto, ni creo haya quien piense seriamente en ella: ¿hasta cuando hemos de darles razón a quienes nos tienen en el concepto de pueblos primitivos, reacios al progreso, a la cultura contemporánea? Queda la conciliación, en el supuesto, apenas hay necesidad de decirlo, de que el General Plaza diese, prácticamente garantías de liberalismo y de honradez. Si esto no sucede, debemos optar por la oposición seria, levantada que nos acredite en el concepto público.

He entrado en estos detalles para manifestar a usted que desde agosto me hallaba yo dispuesto a entrar en lo que usted se ha servido llamar *componendas*; y eso, a virtud de principios de política muy fijos en mí, que no por razones de interés exclusivamente personal. De suerte que mi consulta al Directorio Radical nues-

tro, sobre la proposición con que me había favorecido el Gobierno de servir el empleo de Comandante General del Distrito en Cuenca, fué un acto espontáneo de disciplina, cuyas tendencias no fueron, no pudieron ser ni aún la de atraer la atención sobre mí, menos la de exhibirme como Caudillo.

Y aquí viene lo principal, lo que más me interesa en esta declaración. No soy, ni seré jamás Caudillo. Al igual de mis otros hermanos he heredado de mi padre la ausencia absoluta de ambiciones personales desmedidas, y la honradez: los que conocieron a mi padre saben lo que él llamaba ser modesto y ser honrado. Modesto hasta la humildad, honrado hasta ser impecable. Como ciudadano eso quiero ser yo y me parece bastante; y como militar, no será mi espada, créalo usted señor Director, la que provoque disturbios en la República.

General caudillo; general, Jefe de bandería política, no en la vida!

Cuanto al Directorio Radical y a la determinación tomada por el de no ponerle dificultades a un Gobierno que tan bien se anuncia, él dará sus explicaciones, y rectificará los errores intencionados o no en que, al respecto, ha incurrido su periódico.

De Ud. atento S. S.

Julio Andrade.

Quito, Noviembre 7 de 1901.

EL GENERAL JULIO ANDRADE

El ilustre González Suárez, el más eminente de los ecuatorianos de la época republicana, refiriéndose al fusilamiento del sabio neogranadino Caldas y censurando este crimen con vehemencia, dijo: "¡Qué satisfacción el tomar el buril sagrado de la historia, y estampar, en sus páginas vengadoras, maldiciones inmortales contra los déspotas! . . . Así, el crimen queda castigado, y el corazón satisfecho. . . ."

De igual manera puede decirse que es cordial la satisfacción que se experimenta el ensalzar como se merece a hombres de la talla del General Julio Andrade y a quienes se ha conocido desde la niñez.

Al General Andrade profesaba mi padre un afecto casi paternal. Era su confidente, le pedía consejos en las arduas cuestiones políticas o diplomáticas y en todo tiempo se mostró digno de ese afecto.

Quien estas líneas escribe pudo apreciar las excepcionales prendas del General Andrade. Le traté íntimamente, fuí su Secretario en la Legación acreditada ante

el Gobierno de Colombia y le admiraba no sólo como hombre público sino por sus virtudes domésticas.

Laborioso, con admirable sagacidad y con don de gentes se atría desde el primer momento el afecto de cuantos tenían la suerte de conocer su alma grande, la nobleza de sus sentimientos, el desinterés de su patriotismo.

Y qué difícil ascender a la altura a donde llegó el General Andrade en condiciones tan desfavorables, cuando el fanatismo y la ira vengativa de un partido político querían cerrar todos los caminos a sus adversarios.

Conmovere referíame el General Julio Andrade que cuando ingresó al Seminario de Ibarra, después de haber recibido la primera educación en la modesta aldea donde nació, sus compañeros y aún los profesores le llamaban asesino.

¡Tal es la caridad cristiana de los que se titulan discípulos del manso Jesús y tienen sólo hiel en las venas y veneno en el corazón!

Los que así insultaban al General Andrade se referían a la participación que el mayor de sus hermanos tuvo en la conjuración del 6 de agosto de 1875, cuando el niño Andrade tenía 9 años de edad, cuando por sus iniquidades tuvo triste fin el más cruel, el más desconcertado, el más criminal de los gobernantes de América.

El General Andrade, con su claro talento, su noble carácter, la consagración al estudio, esa diplomacia de buena ley que le eran características, disipó las sombras que trataban de obstruir su camino y llegó a ser eminente estudiante de Jurisprudencia, con amplios

conocimientos de Derecho Público y mereció el alto aprecio de los hombres más notables de su época, como González Suárez, Luis Felipe Borja, Carlos Casares, Carlos H. Tobar.

Tenía además singulares dotes militares, como lo demostró en la campaña de 1895 y más tarde en Hui-gra y Yaguachi, cuando con su pericia, su estrategia y actividad desbarató una poderosa revolución surgida de la ignominia y dirigida por el crimen y la traición.

En el Parlamento se distinguió por su oratoria fácil y galana, en veces incisiva y violenta, y tuvo la suficiente entereza moral para negar su voto al omnipotente caudillo de la revolución de 1895.

Como diplomático tuvo que luchar contra la artera diplomacia de una nación vecina que amenazaba aliarse con ciertos personajes colombianos para mutilar el territorio de nuestra patria, como lo consiguió más tarde empleando los medios más reprochables, desde la violación de los tratados hasta la invasión armada sin previa declaración de guerra.

Ocupó el Ministerio de Instrucción Pública, comenzó a poner en práctica acertadas iniciativas suyas, se reveló como todo un hombre de Estado y abandonó el cargo porque creyó que mayores y más eficaces serían sus servicios en la carrera diplomática para la que tenía especiales aptitudes.

Después vino una ola de sangre y lágrimas que envolvió a la República y por ello no llegó el General Andrade al más elevado puesto que los pueblos conceden a sus eminentes servidores.

La muerte cubrió con sus alas al ilustre General en la plenitud de la vida, cuando tanto esperaban de

él sus compatriotas, cuando tantas glorias podía aún conquistar, cuando tanta luz podía derramar su talento generoso y su corazón magnánimo.

La provincia natal del General Andrade rinde hoy homenaje significativo al más ilustre de sus hijos y todos contemplaremos su gallarda figura de soldado valeroso, patriota infatigable, leal y abnegado servidor de la República.

L. F. Borja.

EL CABALLERO "SANS PEUR ET SANS REPROCHE"

—Acerca de una biografía del General
Don Julio Andrade—

En los tiempos de la gran lucha liberal, cuando hombres de firme corazón, que no temían a la vida y, por lo mismo, que no temían a la muerte, se lanzaron por los caminos de la heroica lucha, del campo, del fuego y de la sangre, a conquistar para su patria una edad de pensamiento libre, de vida libre, de palabra libre, de libro libre; cuando se fueron contra los molinos de viento de la oscura y sombría alma fanática que reinaba en estas tierras, negro diablo tras una cruz hecha de sombras y de sufrimientos; en aquellos días gloriosos, tras el gran viejo de la hoguera bárbara, junto a esa figura que llena un siglo de nuestra historia con su prestigio de varonía y de ansia y conquista de libertad, vivieron hombres tan admirables como aquel Luis Vargas

Torres, en quién se hizo carne llameante la voluntad de darse por los otros, y que ilustró con su pura presencia de héroe romántico, con su muerte admirable como un pensamiento heroico de Byron o un agonizar de Torrijos en la España de Marianita Pineda; y como este General Julio Andrade, el héroe *san peur et sans reproche*, héroe civil y militar a lo griego, como lo llama Benjamín Carrión, y de quién hoy se puede leer su hazaña, contada en forma clara, precisa, limpia y respetuosa por un hombre de buena palabra y buena voluntad, que ama a su tierra y ama a los grandes hombres de su tierra, a los que dieron la lección del civismo, del amor a la patria, de la voluntad de crear un pueblo culto, alto y libre "que tenga qué comer y que sepa vivir": Eduardo N. Martínez. La vida del General Andrade, estadista, militar, diplomático, hombre de su hora y hombre de su pueblo, hombre unido a la tierra como el titán de la gran leyenda, hombre que sabía que quién de la tierra y del pueblo se aleja se vuelve débil, anémico, inhumano y cruel, es una vida de ejemplarizadora acción. Nunca hubo un pensamiento mezquino en el alma del General. Iba recto a su meta como una flecha de seguro vuelo. Iba limpio y sereno, sin torcer jamás la voluntad, con el pecho hacia adelante y la frente levantada: como un héroe antiguo: amando a su pueblo y a su tierra, viviendo su tragedia y su vida, acorde con el latir del gran corazón de su Ecuador, de ese Ecuador estremecido de potencia creadora que fué el Ecuador de la hora inicial del liberalismo, hora de hombres capaces, de gran fortaleza y de gran acción, hora en que esta patria, estremecida de porvenir, se lanzó a demoler la oscura fortaleza del conservadorismo, y que

dió al pensamiento libre un territorio más sobre la tierra. El General Andrade encarnó en un momento decisivo y para su idea liberal, para su creencia de libertador, la esperanza del pueblo, de su pueblo, que creía en él, que confiaba en él, que veía en él al salvador de la revolución liberal. Y murió, como muriera Sucre —otro héroe sans peur et sans reproche— tras una cobarde encrucijada mil veces tratada de explicar, siempre oscura y sombría. Víctima de las fuerzas que querían torcer y que torcieron y esterilizaron la revolución liberal, Andrade fué el gran héroe de esa sangre vertida por la libertad; y su sangre, regada nó en el campo de batalla, donde él, hombre de pecho ancho y sin miedo y clara y alta frente, hubiera querido morir, frente a frente al enemigo, sino en encrucijada cobarde y vergonzosa, fué la última verdadera y pura sangre de un gran héroe del liberalismo. La obra de Martínez hace justicia al héroe. Merece estar en todas las manos: es una gran lección de varonía y de ecuatorianidad la vida que en esta obra se cuenta. Y es obra de patria hacer la obra que hace Martínez: obra de mostrar a los pícaros que en este país se dá también la pura nobleza del patriota y obra de mostar a los pusilánimes y a los descreídos, que en esta tierra se dan hombres de fe y de verdad, hombres de acción y de pensamiento, capaces de ser y de crear: hombres que no temían a la vida y que sabían mirar cara a cara a la muerte y que corrían todos los riesgos por amor a su patria y a su pueblo.

Alejandro Carrión.

DISCURSO EN UNA MANIFESTACION DE SIMPATIA AL ECUADOR DEL PUEBLO DE BOGOTA.

Nos era permitido pensar a los hombres de corazón que nada había en la tierra más propicio como este hermoso continente del habla castellana, para que los pobladores de él lleguen a constituir una reunión de pueblos que, por el único hecho de secundarse los unos a los otros, se fuesen rumbo de la vida universal, desenvolviendo, aquilatando sus cualidades típicas, cooperando en el progreso humano, como factores modestos, ahora, y secundarios; talvez decisivos y predominantes en la sucesión de los tiempos.

Esos hombres de corazón hemos sentido que el afán podía no ser imposible: la comunidad de raza, la sencillez de la vida, ese mismo enorme acervo de las civilizaciones avanzadas, que nos es dable asimilar, simplificando y aún depurándolo; los grandes territorios, henchidos de savia y de luz, dentro de los cuales cada pueblo puede moverse con aquel aciago y aquella hol-

gura que resuelven por anticipación los hondos problemas de las poblaciones densas. . . . Cuántos elementos y facilidades cuántas!

Pero es de suponer que en los pueblos, como en los hombres, hay principios y fuerzas al parecer incontrastables de organismos que los lleve, —los llevó siempre—, a estos a la expansión y al predominio; a aquellos al ensoberbecimiento y la falacia; a los otros, a la práctica de las acciones nobles.

Colombia es de estos últimos: vosotros sois, oh colombianos! un pueblo nobilísimo.

Sois a la vez un pueblo que alecciona, por medio de enseñanzas graves y solemnes.

Porque yo alcanzo a entrever dos aspectos en esta manifestación imponente: uno es la demostración de cuantos afectos levantan y engrandecen la especie humana; el ímpetu caballeresco, la memoria generosa, la pujanza indómita y gentil: —todo ello espontáneo, instintivo, absoluto, sin atenuaciones ni cálculos. . . .

Otro es la solemne, la severa lección que dais a los pueblos que, tomados de un extravío prematuro de engrandecimiento, se apartan, se alejan, rompen el que debiera ser concierto armonioso, círculo infranqueable de pueblos hermanos, fuertes en la unión, tranquilos en la confianza recíproca, moviéndose, sosegados y alegres, dentro del territorio que les corresponde.

Mas no es de mi incumbencia, señores, profundizar en esta enseñanza; bástame apuntarla y proclamarla ante el mundo que esos pueblos, sean quienes fueren, no cuentan, no pueden contar con la simpatía, menos con la cooperación del pueblo colombiano.

Si me incumbe el otro aspecto.

Y desde luego os digo que colocáis bien vuestra simpatía: más allá del Carchi hay un pueblo sin orgullo, sin pretensiones, atento al afán de organizarse y prosperar según se lo permiten sus medios, sin perjuicio de vecino. Su nombre ha sonado a veces en los ecos de la historia: ES EL PUEBLO DEL DIEZ DE AGOSTO. Vosotros le conocéis; le enseñastéis el camino de Pichincha. Yo no puedo deciros si, llegado el momento, irá por sus pasos, y en sus días contados, a firmar la paz en alguna Capital vecina. Mas si puedo aseguraros que las grandes acciones son de todas las épocas y de todos los países, y que el pueblo del Ecuador, vuestro amigo y vuestro hermano, cumplirá con su deber.

Puedo, debo deciros también que ese pueblo no olvidará jamás la solicitud que le atestiguáis y con la cual os le atraéis y os le unís por modo perdurable.

Señor General Herrera: la austeridad de vuestra vida, el patriotismo depurado de vuestras acciones, vuestro nombre, danle a esta manifestación, a cuya cabeza os habéis dignado poner, un carácter tan elevado, una acentuación tan firme, que deseo expresar, de manera especial, la gratitud que os tributo a nombre del pueblo ecuatoriano.

Discurso pronunciado durante las fiestas del Centenario de Colombia, cuando la colocación de la lápida conmemorativa al Capitán de Fragata Conde Don Antonio de Villavicencio y al Capitán de Coraceros del Rey Conde Don Carlos Montúfar.

Señores:

Acto de noble generosidad y a la par de estricta justicia es este que la eximia Comisión de Festejos Centenales acaba de ejecutar, fijando para siempre en esa placa la memoria de quiteños ilustres.

La generosidad, tanto de la Comisión, como de su benévolo representante, el muy estimado Señor Izasa, no hay para que encarecerla; baste con recomendarla, cual lo hago, al corazón de millón y medio de hombres que, tabernáculo sagrado, la guardarán y bendecirán como una hostia pura, talismán sin precio de confraternidad, íntima y perdurable.

Conviene, por acaso, que insistamos brevemente en el concepto de justicia. Entre los Próceres quiteños que aquí derramaron su sangre, sin duda, el Capitán de Fragata, Conde Don Antonio de Villavicencio y el Capitán de Coraceros del Rey, Conde Don Carlos Montúfar, ocupan sitio prominente: la Junta Suprema de Regencia, mejor informada ya de las causas gravísimas

que habían determinado en estos pueblos el movimiento hacia la Independencia; deseosa, con buena fé, de enmendar los yerros séculares y atemperar los consuetudinarios rigores, les invistió del cargo, a la sazón muy comprometido y delicado, de Comisarios Regios en la Capital del Virreinato Neogranadino y la de la Presidencia Quiteña.—Vinieron, pusieron su gran corazón, las influencias de su estirpe preclara, las luces de una inteligencia cultivada y el acierto de un tacto fino y experimentado, al servicio caballeresco de su Rey, que era Fernando VII y a su dama que fué la Patria; y ¡oh designios augustos de la Providencia, de las Naciones! por su Rey, o sea por los desmanados y ciegos agentes de la realeza, y en holocausto a su dama fueron sacrificados.

Todos conocemos la lucha sin tregua, lucha del patriotismo aunado a la fidelidad al Soberano, que empuñó Montúfar a su llegada a Quito; las contiendas desiguales que trabó y en que fué vencido; los peligros que sorteó, los padecimientos que apuró por entre bosques y fieras, —el jaguar y la serpiente eran los menos enconados, hasta venir entregar oscuramente la vida en Buga. La que pienso que no admiramos, sino incompletamente, porque la luz suprema de la historia no la ha dibujado de cuerpo entero todavía, es la fisonomía positivamente egregia de Villavicencio; su sinceridad, su franqueza, su civismo romano y ese don de penetrar en las cosas futuras con pasmosa clarividencia.

El absurdo plan, —díceles a los agentes del Gobierno de S. M., en nota que creo haber tenido la fortuna de descubrir el primero—; el absurdo plan de

conquistar para restablecer la antigua y monstruosa administración de estos países, exaspera cada vez más y más los ánimos de los habitantes de las provincias de Venezuela, de algunas de la Nueva Granada y otras del Virreinato de Buenos Aires. . . . "Aún sería más útil y ventajoso que . . . el Gobierno de España autorizase la independencia de toda la América, conservando sólo las relaciones fraternales, y equitativas, que no mandar facultar a sus jefes subalternos en América, contra todo interés justo y legítimo, para invadir, hostilizar, conquistar y renovar la primitiva conquista. . . ."

Y en otro oficio dirigido a las Cortes, a la Junta de Regencia y a los Secretarios de Estado y del Despacho: —"Repito mis ruegos y clamores a V. E. de que realice cuanto tengo representado. . . . de que se expidan órdenes y decretos para los dominios de América que hagan palpar a sus habitantes que el Supremo Gobierno es liberal, sabio político, que contempla a estos pueblos en un todo iguales a los de la Península, que el antiguo sistema colonial está olvidado y destruído, que y es otra época y que la mala fé y la arbitrariedad han desaparecido para siempre de los ministerios: este es el único medio de restablecer la confianza, la fraternidad y las relaciones mutuas y sinceras de ambas Españas. . . ." —Preveo fatales y terribles consecuencias. . . . "Si las Cortes no emplean toda su libertad y sabiduría en nivelar a los habitantes de estos dominios con los de Europa en derechos, prerrogativas y en todo cuánto comprende la extensión de la palabra **IGUALDAD DE DERECHOS**, jamás se destruirá la rivalidad de Europeos y Americanos, todo será temores, desconfianzas, odios eternos y en fin se consumará la ruina de

ambas Españas. . . .” —EL CIUDADANO QUE POR COBARDIA O INDOLENCIA NO PROCURA HACER VER CON CLARIDAD LOS HECHOS VERDADEROS, MANIFESTANDO LOS MEDIOS QUE EN SU CONCEPTO DEBEN ADOPTARSE PARA REMEDIAR EL MAL, ES UN TRAIADOR A SU PATRIA Y A SU REY”.

Como latía en el pecho de aquel hombre un corazón esforzado; y como, al citaros estos pasajes, acude a mis labios sin esfuerzo el apóstrofe sublime de aquel otro ánimo heroico que se llamó Juan de Dios Morales ¡Aherrojado, con la cuchilla del verdugo, iba a decir del asesino, en alto sobre su cabeza, díceles a sus Jueces, sus verdaderos verdugos: “Piensan abatirme, se engañan. Debo a la naturaleza un alma que no rinde homenaje sino a la verdad; y la oirán de mi boca y de mi pluma constantemente, hasta la muerte”.

Extraña y por cierto deliciosa coincidencia ¡ahora, cuando la simple coherencia de impresiones me ha hecho recordar al colombiano Morales, pienso que en Quito estén, acaso en estos mismos instantes, descubriendo una lápida que fija, de igual modo para siempre, el nombre de aquel Prócer soberano! Coincidencia profunda en la cual va envuelta toda la filosofía de los hechos que se cumplieron y entraña una saludable advertencia en orden a los hechos por cumplirse! Ella quiere decir que la independencía no fué un suceso aislado sin cooperación y sin engranaje; sino la resultante de un sin número de esfuerzos incidentes, de mil actitudes heroicas, el himno colosal de triunfo y de gloria entonado sobre el campo de combate por los millones de guerreros de un continente.

Ella quiere decir, —tenéis razón Señor Izasa—, que la confraternidad no es una vana palabra y que los pueblos homogéneos, de tradiciones solidarias, debemos atender en común y de propia cuenta, ya a la defensa de los derechos recíprocos, ya a resolver los diversos problemas con los cuales tiene que ver nuestra vida de Naciones soberanas.

Por eso, —no temo en declararlo, soy oficial y particularmente, partidario de la Confederación de los países de la Gran Colombia.— Que alguna voz autorizada, la Asamblea Nacional ahora reunida, donde tantos hombres proyectos alientan; la Municipalidad de Bogotá, donde en un nuevo "Cabildo abierto", concreten y acabalen su iniciativa, lancen, por ejemplo, la invitación a una Dieta que sienta las bases políticas, económicas, y si puede ser militares de aquella, limitándola por lo pronto, a las solas cuestiones internacionales, en el sentido de la común defensa; y que los diez millones de hombres que formamos, comparezcamos ante el mundo con el gesto adecuado, tranquilo y grave, de los herederos por línea directa de los Ricaurtes y los Calderones, los Páez y los Córdova, los Camacaros y los Mosqueras.

Y que la espada de Bolívar, las virtudes de Sucre, el espíritu equilibrado de Santander, centelleen, por todo lo alto, el Avida, el Puracé y el Chimborazo, alumbrando con sus irradiaciones el sendero que nos toque seguir en la fatigosa peregrinación de la humanidad hacia la Verdad, el Bien y la Justicia. . . .

San Marino, Julio 28 de 1910.

CARTA POLITICA DEL GENERAL ÁNDRADE

Bogotá, Abiril 24 de 1907

Señor General Don Eloy Alfaro

Presidente de la República

Quito.

.....en lo demás, mi opinión es que, dada la multitud de aplicaciones que a diario se le van encontrando al caucho y el alza consiguiente en el precio de él, la idea de organizar una explotación en grande escala, durante largo tiempo, es una idea seria en si misma y que no ha podido menos de ocurrírseles a financieros o industriales poseedores de un excedente de capitales, acaso ocioso o empleado con pocas ventajas renumera-doras: ¿no será éste el principal objetivo de aquel contrato Charnacé, que tanta polvareda está levantando por ahí, y talvéz, con algún soplo de justicia, mi General ?- Las consideraciones que Ud. aduce en su Circular a los Gobernadores, que acabo de leer, son exactas, en el fondo: poseemos grandes riquezas inexploradas, inmensos territorios incultos; la necesidad de atraernos

inmigración, especialmente europea, se nos impone, no ya únicamente como una condición sine qua non de progreso, sino hasta con la exigencia de una ley fisiológica; la carencia de capitales, el deber de asegurar nuestra soberanía todo esto es evidente, pero convendría también detenerse un tanto en los detalles.-El primero sería examinar el punto de si el ferrocarril al Curaray nos es necesario, y con qué clase de necesidad: ¿es esta indispensable, urgentísima, en tal manera que hayamos de proveer a su construcción cuéstenos lo que nos costare? No, sin duda; ni política ni económicamente ese ferrocarril nos es indispensable hoy en día: políticamente, no, porque habiendo aceptado el principio y el hecho del arbitraje para dirimir nuestra controversia con el Perú, el fallo arbitral, tiene de ser el que nos atribuya la soberanía en esa región a nos desahucie de ella; y tener en mira otras emergencias, y darnos a ponderar las ventajas estratégicas de esa vía, sería anticiparnos cincuenta años a los hechos, alarmar al Perú, darle asidero para sus intrigas y a los recelos que hace como si abrigara sobre que nosotros nos disponemos a resistir el fallo, e inducirle a que anticipe los hechos, y de modo menos irreflexivo y menos platónico que el nuestro; finalmente, llegando a conclusiones hasta cierto punto de lugar común, que todo economista expone y que todo hombre público conoce: no hay poblaciones que unir, no hay riquezas en curso de explotación que transportar, sería un ferrocarril que nacería muerto, o cuya vida tendría de conservar el Estado a puras inyecciones, y no siquiera de plata A quien argúyese que el papel económico de ese ferrocarril no sería el de mero vehículo, sino de creador, positivamente de riqueza, todavía le repli-

caría, o más bien le suplicaría reflexionase en si se trataba de una riqueza permanente reproductora, capaz de adquirir carta de naturalización, o bien de algo fugitivo la explotación de productos forestales, estéril desde el punto de vista del aumento de la riqueza nacional, pues esos productos irían a alimentar el comercio exterior, principalmente, y los beneficios que dejaran, serían consumidos o acumulados fuera.—Pero las factorías, las plantaciones, las poblaciones que ahí se establecieran..... —Sin duda, pero eso es lo aleatorio, lo de valor incierto, y en un contrato de esta índole, es mejor no tomar contingencias como elemento de cálculo.

Pase el ferrocarril a Cuenca: cojín cojeando, el se sostendrá, se trata de una comarca donde ya existe riqueza acumulada, que ha menester salida, y el déficit acaso lo llene el porvenir minero de ella que es colosal.—Pase también el del Pailón, si bien estoy en que buenamente pudo y puede aplazarse hasta de aquí a 20 años, dando remate a la carretera comenzada, mientras tanto; pero el de Bahía, pero éste del Curaray!— Cuando se habla de construir ferrocarriles, importa no perder de vista este hecho adquirido para la ciencia económica: en países nuevos de producción industrial o agrícola restringida, de población escasa, desprovisto de minas de carbón, etc., todo nuevo ferrocarril produce un trastorno inicial, que se convierte a veces en una verdadera y ruinoso crisis económica; de suerte que si acumulamos sobre ellos dos, tres, cinco crisis simultáneas, los postramos irremisiblemente.

La cuestión comprende, además, otro aspecto —el político—, de política interna, que voy a tocar ligeramente: observo desde aquí, con amargura, con po-

sitiva inquietud, el incremento que va tomando la oposición contra la Administración de Usted, al extremo de que va asumiendo el aspecto de UNA OPINION PUBLICA contradictoria y adversa. Convendría, pues **GRANDEMENTE** no fomentarla, no suministrarle pretextos que ella explota y que van aumentando lenta, pero seguramente, ese fermento revolucionario de nuestras masas: Usted dominaría, sin duda, otro y otros movimientos revolucionarios, más ¿qué ganaría el país con eso, mi General, y al fin y a la postre no le resultarían a Ud. mismo contraproducentes todas esas victorias? Hay que llevar a cabo una hermosa, noble, patriótica, HUMANA labor de pacificación, o siquiera de tranquilización de los ánimos, mi General, y llevarla a cabo con la misma perseverancia, con el mismo cuidado minucioso de los detalles conque Usted lleva sus tropas a la batalla. Yo sé que en los países más adelantados, ésta viene a ser una labor de cooperación y que tanto hace por la paz social el gobernante como los gobernados, en tanto que en el nuestro, sólo aquel tiene que hacerla y sobre él cae únicamente la responsabilidad de no haberle dado cima; sea como fuere, la tarea es indispensable, es urgente, puede trocarse en una cuestión de vida o muerte y no para el partido, sino para la Nación. El Perú se prepara, el Perú nos acecha, mi General, y hay que oponerle, en la emergencia, la gran masa del país unida, homogénea, compacta: de lo contrario, el desastre será no sólo definitivo y completo, sino también vergonzoso, como lo fué el de Francia en 1870. Usted, conoce, sin duda, mi General, la "Memoria Secreta" peruana, relativa al Tratado Herrera - Carcía donde las intenciones de nuestros vecinos están expuestas al desnudo, donde sus re-

soluciones tienen la fijeza de las resoluciones supremas... y definitivas: SI EL FALLO ARBITRAL NOS FUERE DESFAVORABLE, NO PODRIAMOS EJECUTARLO; SI LO FUERE AL ECUADOR, ESTE NO DEBERIA EJECUTARLO, PORQUE RESPECTO DE EL, SERIA ASUNTO DE VIDA O MUERTE.... está consignado ahí casi literalmente. Y es una verdad inconcusa.

Nada he adelantado en la cuestión Tribunal, a causa que nada me dicen todavía de Quito. El Tratado de Comercio ha tenido bastantes opositores, pero se aprobará finalmente: el Señor Isaza lo ha sostenido con decisión, como es natural, y nuestro amigo D. Antonio José Restrepo, miembro de la Asamblea, le prestó su apoyo. Ya le escribiré extensamente acerca de este Tratado y de las ventajas que podemos sacar de él; ojalá no demoren el cange... tanto como la Convención telegráfica.

En el correo pasado di cuenta al Ministerio de los esponsales de Orrantía; creo que sería el caso de hacer algo por este joven que tanto merece; su viaje al Oriente, sólo en nuestro país pudo pasar desapercibido; en Francia lo habrían colocado al nivel de Marchand y en Inglaterra al de Stanley. Si la Secretaría de la Legación en Washington estuviera expedita, sería una buena promoción para él, tanto más cuanto que su futuro abuelo político es el actual Ministro de Colombia ante la Casa Blanca.

¿Debo pedirle excusas por esta carta, mi General? Usted habrá notado el discreto empeño que he puesto hasta hoy, en mi correspondencia, de no tratar en ella sino asuntos directamente conexionados con mi

cargo; pero el de ahora me ha parecido grave, y he juzgado que el tratarlo con la libertad con que lo he hecho le probaba a Usted dos cosas: mi patriotismo y mi amistad: una amistad firme y leal.

Con la cual tengo el honor de ser respetuosamente de Usted,

Mi General,

(f.) Julio Andrade.

CARTAS LITERARIAS

Bogotá, Mayo 1º de 1908.

Señor Doctor Don
Luis Felipe Borja, (hijo)
Paris.

Querido y distinguido amigo:

No sé, por fin, que suerte corrió la carta que le escribí en respuesta a la suya de 1º de Agosto anterior, pues que cuando pudo recibirla, ya estaba Ud. entre aquellas cuatro paredes, a las cuales les debo, por mi parte y entre otras cosas, haberme leído a Tácito y las Siete Partidas que no son "moco de pavo", y haber elucubrado una invocación al Sol, que ni la de Espronceda, dedicada a S. S. el Comandante Don Manuel S. Jiménez, Director a la sazón del establecimiento y que nos valió a mis compañeros y a mí, un día entero de luz y calor; que era de lo que se trataba.

Y ahora caigo en que esa prisión, también a mí me valió el viajecito a Francia, que no obstante las condiciones muy poco holgadas en que lo hice cuenta y

contará siempre como una de las más "sabrosas" épocas de mi vida: y no me diga Ud., si es que me dice, que el recuerdo de la familia y la ausencia de la patria, etc., etc., se lo acibaran todo a uno; que yo tuve ya entonces familia y me consideraba patriota, y sé que no pensaba en nada sin embargo sino en abrir los poros de mi cuerpo y de mi alma a esos flúidos de civilización que les llegaban de todas partes, ansioso por impregnarme de ellos, con la única desazón de no conseguirlo; y de no volverme a mi tierra tan basto y tan bruto como antes.... Qué época, amigo, y qué tormento éste, de no vivirla ya sino en los recuerdos!

Pues Usted está en ella, vívala intensamente, amigo mío, acumule en su espíritu, en sus sentidos, una reserva prodigiosa de ideas y sensaciones, convencido de que ésa será la única, y que ella ha de durarle toda la vida, sin que a su arbitrio esté el aumentarla: dónde, cómo vamos a asimilar una idea nueva ni a descubrir una nueva sensación en aquel medio ambiente de nuestra tierra, donde todo se reduce a vegetar, ilusionándonos con la creencia de que vivimos en el mejor de los países y de que, en ciencia y conocimiento de la vida, nadie nos pone el pié?

Adrede le he dado largas al tema por no venir a parar en otro mas triste aún, el de la terrible peste negra, peligro mayor y más tremendo a mi juicio, que el de una revolución y aún quizá una guerra internacional: donde ella acceda a una de nuestras poblaciones serraniegas, se propagó en todas y se quedó, para muchos años si no para siempre, cual en la India. Y póngase Ud. a calcular los males que eso representa!

Como de llegar a Quito, las comunicaciones con el exterior vendrán a dificultarse mucho más, desde ahora me ofrezco a enviarle las noticias que yo reciba por el telégrafo y que procuraré sean tan frecuentes, como posible. Si Ud. quiere escribirle a su familia por mi conducto, hágalo sin recelos; y el caso en que, por la misma dificultad de comunicaciones, o por otro motivo, no quisiese prolongar su permanencia en Europa, ni volver al Ecuador, véngase acá amigo mío: véngase a mi casa, que es la suya, y donde todos nos empeñaremos en que la vida de proscrito le sea verdadera.

Con finos recuerdos de Elisa y de mis hijos, y con un cariñoso abrazo mío, me despido hasta nueva ocasión, como su amigo de veras y muy decidido.

Julio Andrade

Bogotá, Marzo 27 de 1907.

Señor Doctor Don Miguel Moreno,

Cuenca.

Mi estimado Doctor y amigo:

Puedo decirle en verdad que de cuantas cartas recibo de mi Patria, en este que se me va ya convirtiendo un tristísimo destierro, son las que de tarde en tarde

me llegan de mis amigos de Cuenca las que mayor placer me causan: es un mero efecto de mi gratitud hacia ellos, del cariño no amortiguado, sino vivo y persistente en que recuerdo los días, también para mí muy felices, que pasé en su hermosa tierra; o es que esas bondadosas amistades me inspiran una como instintiva confianza? . . . Su carta, pues, me ha sido gratísima, y me he apresurado a cumplir el encargo que en ella me da, deseoso de que mi sincera buena voluntad le incite a confiarme otros de esa o de distinta índole.

Me pareció que le agradecería a usted tener el autógrafo de Diego Uribe, al tiempo que su preciosa "Margarita", y así valiéndome de la buena amistad que con él tengo, le escribí que me autenticase el ejemplar que iba a enviar a usted, y me contesta este párrafo que le copio para legítima satisfacción suya: "Con verdadera complacencia he recibido la caricia que usted me ha enviado, al participarme el deseo del doctor Miguel Moreno, poeta de alto vuelo y de hondo sentimiento, cuyo nombre formaba en mi lista de los verdaderos poetas de América. Doy pues a usted las más cumplidas gracias por el paralelo que establece y por los conceptos de usted. . . etc., etc. —Yo le había escrito (y mil excusas esta vez de la transcripción) entre otras cosas"— Morenó (acaso Ud. no le conoce), es uno de nuestros mejores poetas: tierno, espontáneo, pulcro, su originalidad está a mi ver, en que siente con refinada intensidad y se expresa con primorosa sencillez.— Es, y no lo tome usted a mal, nuestro Diego Uribe. — Hasta en esto: él también perdió a su esposa, y al igual de usted, vive cultivando la memoria de ella, con esa noble, decente sensibilidad que es quizás la mejor manifestación

de la delicada superiminencia de ustedes, los poetas de verdad. . . etc., etc.

En la visita que posteriormente le hice a Uribe, le di a esperar que usted le escribirá y cuando no, que le enviaría alguna colección de sus versos: crea usted, amigo mío, más que las dificultades con que he podido tropezar en el cumplimiento de mi misión, me ha dolido el hecho de que este pueblo vecino, hermano nuestro, nos ignore, o por lo menos no nos conozca sino incompletamente. Aparte de Don Miguel Antonio Caro, quien algo ha seguido el movimiento literario nuestro, de Diego Uribe y algún otro, para viejos y jóvenes nos hemos quedado en Montalvo, León Mera y Cordero cual si con ellos hubiéranse agotado nuestras energías intelectuales. De quien la culpa? no vaya usted a replicarme que de la falta de paz y de regímenes político-administrativos normales y propiamente progresistas, porque el argumento no me convencería sino a medias: no vaya Ud. a imaginarse (y tómelo como una confidencia estrictamente diplomática) que en punto a libertades públicas y a las otras zarandejas de la vida civil moderna, Colombia se captaría actualmente las simpatías del doctor Pangloss; pero que vida intelectual tan intensa, sin embargo, la de este pueblo, y como logra a maravilla encubrir con los vivos y espléndidos arreos que le forman las manifestaciones de ella, las flaquezas y miserias de capa-adentro. No cabría lo mismo entre nosotros, ni que mejor ni más galana prueba de patriotismo podrían dar los intelectuales —me choca la palabra— los hombres de saber y sensibilidad, los Poetas, que éste de envolverle a la Patria en el magnífico manto de sus producciones literarias, de tal manera

que los ojos extraños no le vean sus llagas y pobreza interiores?

Nada, amigo y señor mío, sino que usted debe comenzar por enviarle sus versos a Diego Uribe, entablar relaciones literarias con él y obtener de nuestro nobilísimo Remigio Crespo, y de otro que valgan lo que ustedes dos, que escriban, publiquen, demuestren al mundo, a Colombia, en especial, que no hay en el Ecuador degeneración ni siquiera agotamiento de energías, sino el pueblo amplio, triunfal de inteligencias —iba a decir de cóndores— sanas, nutridas en las alturas, que se cierran armoniosas y amantes en torno a la Patria.

Y aquí debe usted tomar su bastón, su sombrero e irse, por camino recto, hacia Machángara, a contemplar, al pié de aquella cruz, la infinita suavidad de la luz, que baja sobre el paisaje, lo impregna como de un polvillo de oro en ademán de acariciarlo: quizá entonces, tras de reflexionar en todo, inclusive en las pesadeces de esta carta, se persuada usted en que la nostalgia puede llegar a ser un mal terrible. . . .

Suyo, devoto amigo y Servidor,

Julio Andrade

**Discurso del General Andrade, en agradecimiento al
Señor Ministro de Chile, en el banquete que éste
le ofreciera**

—Teneis, razón Excmo. Señor. No es un paso de diplomacia complicada, ni falaz, el que da mi gobierno cuando me acredita Plenipotenciario suyo en Colombia.

Parece ser que a los pueblos pequeños, les está reservada a modo de compensación esta ventaja: ni sutilezas, ni cálculo, ni arterías, sino que todo el esfuerzo de su diplomacia tiende, debiera tender a acercarse unos a los otros, a andar el camino de su desarrollo integral, tranquilo y confiados, en cuanto a ellos respecta.

Los pueblos fuertes, las naciones poderosas que se observan, se equilibran, se temen, en buenahora; y que a su amistad no vaya más allá de esas apariencias correctamente simuladas. Dicen que les viene tan estrecha la porción del globo que habitan; dicen que son tan mezquinos y tan trabajosamente arrancadas los elementos de vida que ellas les otorga; dicen que los derechos de la civilización son inalienables y aseguran corresponderles su ejercicio; dicen, por fin, que esas razas poderosas no pueden persistir bajo un sol anémico y oscuro...

Esto no impide que los pueblos pequeños, las naciones débiles, se aproximen, se unan, se amen. Pues harían bien en persuadirse de que todavía hay espacio de sobra para ellos; de que aun no ha sido agotada la espléndida fecundidad de su suelo; de que la civilización

que, en suma, no es otra cosa que la manifestación de la vida normal de los pueblos, no pueden constituir un monopolio y por fin aun irradia por igual sobre ellas, fecundo y fuerte. el sol ecuatorial. . .

Decís bien, Excelencia: a eso voy, a eso se me en-
vía. Llegaré, daré cabida en mi ánimo a todos los en-
tusiasmos, a todas las efusiones; revolveré en mi men-
te los recuerdos gloriosos —Carabobo, Boyacá, San-
mateo—; depositaré coronas sobre las tumbas sagra-
das— Santander, Caldas, Gutiérrez— y le diré al pue-
blo de Colombia: el Pueblo del Ecuador es vuestro her-
mano .

Y acaso suceda lo que presumís, Excelencia; que
esos dos pueblos se juren promesa de unión indisolu-
ble y se dispongan a andar el camino de su desenvolvi-
miento integral, tranquilos y confiados.

Mientras tanto, paréceme vamos a partir bajo auspi-
cios tan gratos como lisonjeros: el pabellón chileno que
nos abriga y este núcleo de personajes distinguidísimos,
a quienes respetamos y queremos. De esta suerte, po-
demos alejarnos seguros de que habrá miradas amigas
que nos acompañen y votos sinceros que nos apoyen
y secunden.

Excelencia: en agradecimiento a vuestra bonda-
dosa cortesía, no menos que en prueba de mi adhesión
y afecto personal a vos, levanto mi copa en honor de
Chile, la noble Nación que representáis”.

LA APOTEOSIS DE JULIO ANDRADE

Por Marcos B. Espinel.

Apenas tenía yo 17 años cuando tuve la dicha de conocer y amar al General Julio Andrade, este varón de Plutarco. Nos encontrábamos entonces, después del 5 de Junio de 1895, ya derrotado en Guayaquil el gobierno del doctor don Luis Cordero, en pleno triunfo revolucionario. El masacre del 3 de Junio, durante el cual nos enfrentamos con piedras y garrotes, tales los héroes del 2 de Agosto de 1809, a las tropas del progresismo armadas de fusiles y cañones, había sido la acción decisiva, de la guerra civil en la Costa.

Enviado por la Junta Revolucionaria de Riobamba, llegó al puerto el General Julio Andrade y fúe recibido con todo el fervor y las aclamaciones del pueblo que había roto la tiranía y se entregaba a los goces de la libertad. Julio Andrade despertó en nosotros una admiración y un cariño llenos de fuego. Su elegancia juvenil, la limpidez y la llama de sus ojos, la elocuencia de su verbo, su frente espaciosa y su cabeza admirablemente cincelada, todo descubría su corazón animoso, su clara inteligencia, la firmeza de su carácter y su es-

pirítu superior. Todo, hasta su silueta olímpica revelaba, en él, al guerrero, al hombre de acción, al conductor de pueblos.

Mi hermano Horacio, todavía palpitante con su victoria de Babahoyo en donde obtuvo, después de una breve campaña, la capitulación de la ciudad, fué, desde el primer abrazo, el más sincero colobarador del General Andrade. Para festejar su llegada a Guayaquil y sus hazañas militares, lo primero que hicimos fué ofrecerle, en nuestra casa, un banquete de bienvenida. Los escritores, los políticos, los militares de la revolución, la juventud patriótica que había mostrado su heroísmo el 3 de Junio, aplaudieron entonces la gallardía y la actuación guerrera de nuestro ya ilustre correligionario. Después de un largo período de opresión y de fanatismo de una lucha desigual pero llena de peripecias dolorosas, de ostracismos y de torturas, nuestra alma palpitaba de dicha y se enorgullecía ante el horizonte de luz, ideal divino, que abría, a la patria, la victoria del Liberalismo. Fué entonces el idilio de la revolución. Con toda la efervescencia de su alma, Julio nos amenizó durante el festín con el relato de su intervención política y guerrera en Quito. En mi imaginación de adolescente, nutrida de Balzac y de Víctor Hugo, el joven patricio se me presentaba como uno de esos adalides impertérritos, de noble estirpe, nunca vencido de las viejas epopeyas españolas. Qué de previsión, de serenidad, de vigilancia, de autoridad nos reveló el General Andrade, en el curso de las operaciones militares en las cuales intervenimos muchos guayaquileños. La seducción que ejercía en el ejército y en todos los que le frecuentaban, eran el talismán de sus fuerzas creado-

ras, los hilos invisibles de sus triunfos, la fragua en que ardía su puro patriotismo.

Bajo el mando del General Andrade aprendimos frente al peligro, el orden y la disciplina. Con él aprendimos a ser hombres, a despreciar la muerte y a defender nuestros ideales de justicia y libertad. A las mismas luchas iríamos hoy, y con el mismo fervor, con mayores razones y mayor fuerza espiritual y física, recordando siempre sus lecciones y sus ejemplos, si el Ecuador, después de la revolución de Mayo que rompió los nudos de una execrable dictadura, volviese a caer en el despotismo.

En Quito, ya terminada la revolución y cubierto de laureles, en su hogar de La Loma, en donde recibí frecuentemente franca y cordial hospitalidad, pude admirar y tomar ejemplo de las preciosas virtudes domésticas del General Andrade, de su amor a su Esposa y a sus hijos; de su magnimidad y de su dulzura para todos sus parientes y amigos. Su sensibilidad y la aristocracia de su espíritu eran las flores de su educación ante las cuales todos se inclinaban afectuosamente: admirado y querido hasta por sus adversarios políticos, para quienes fué el General Andrade, repetidas veces, el escudo salvador.

La inteligencia con la virtud es un don del cielo. Pero sin la virtud es más bien un azote. No es de la inteligencia y del amor a la gloria, mal comprendidos, de lo que más se ha quejado la humanidad? Qué de flageolos los del genio cuando no se equilibran, en la balanza, los defectos y las virtudes. El sentimiento de su grandeza espiritual, no el orgullo ni el egoísmo, sostuvieron al General Julio Andrade en sus luchas contra

La iniquidad y en los días tristes de su existencia. No había infortunio que no recibiese de nuestro amigo una palabra consoladora, una ayuda oportuna y eficaz, ni mala acción que no lo indignase: por eso su muerte, en la flor de la juventud y en plena actividad viril, cuando su actuación política hubiese sido tan fecunda, fué para sus conciudadanos un duelo perpetuo, un vacío irreparable, una esperanza fugaz. Privados de su talento, quedamos como oscurecidos, palpitantes y mudos.

La apoteosis que recibió el General Julio Andrade de nuestro pueblo y de todo, lo que hay de más selecto en nuestra sociedad, cuando el 10 de Agosto, esfemérides gloriosa de nuestra patria (en adelante dos veces gloriosa) su Esposa, de bellísimas virtudes, nunca consolada en su infortunio, descorrió el velo del busto que honra su memoria y glorifica su inmortalidad, fué la consagración, ya tardía, de sus virtudes excelsas. No un busto, pero sí una estatua ciclópea, como la del Coloso de Rodas, merecían los hechos estupendos de la vida de Juan Montalvo y Julio Andrade.

Con el General Andrade, con su espíritu civilizador y su energía de hierro, es muy probable que el Liberalismo, ya sacudido del fraude electoral y de las concupiscencias cuartelarias, no se hubiese hundido en el piélago nefando de las saturnales políticas que nos han arrastrado en medio siglo a la vergüenza y al desastre. Qué charlatán, qué aventurero político, hipócrita y falaz, salido de lo más oscuro de nuestras filas, no ha subido, después de los tiempos de Julio Andrade, por la escalera de ignominia tan conocida y frecuentada en nuestro país, a la cúspide de los honores y de las riquezas?

Otra hubiera sido nuestra suerte si el General Julio Andrade hubiese sobrevivido y gobernado al Ecuador. El nos hubiese educado y sometido al orden. Tenía las dotes del perfecto estadista y, como militar instruido en la Escuela de Guerra de París, hubiese sido el escudo de nuestra integridad territorial. Quién no hubiese peleado, como león, y ofrecido su vida a la patria bajo las órdenes y las luces de un jefe de tal envergadura? Nos faltó pues, su clarividencia política, el prestigio de sus glorias y la seducción que ejercía en sus batallones. Porque no tuvimos un guerrero de la talla de Eloy Alfaro o Julio Andrade, nos pulverizó el rayo.

El General Andrade fué ciertamente el mejor militar ecuatoriano, y sólo podría codearse con los de la pléyade de la independencia americana. Antes de los combates estudiaba los planes estratégicos y tácticos y, ya convencido del éxito, los ejecutaba inmediatamente y con valentía. Como al Conde de la famosa "Oración Fúnebre", de Bossuet, no lo detenían ni los precipicios, ni las montañas, ni los ríos. En sus luchas políticas y administrativas, durante las cuales corregía las malas costumbres de los servidores de la Nación, no era menos fervoroso, pero siempre con un sentimiento de justicia y de humanidad inalterables. Contra los incorregibles blandía, como Sansón, la mandíbula del asno y la descargaba sobre el concusionario, el difamador, el malversador de los caudales públicos, los sediciosos. Reprimía la mentira, el orgullo, el sofisma, todos los vacíos que degradan al hombre. Enaltecía y se inclinaba, por el contrario, ante la honradez, la inteligencia, la capacidad, ante todo lo que dignifica al Hombre.

Su actividad intelectual, en los ratos de ocio, era infatigable. Devoraba las obras literarias con un afán

apasionado de cultura y de sabiduría. Sus escritos favoritos, en Filosofía, eran Descartes, Kant, Mallebranche, Cousin. Entre los clásicos militares Julio César, Polivio. Entre los modernos, los Generales Dufour y Grivet, Napoleón y Jomini. Su carácter heroico lo retempló con la lectura de los "Paralelos", de Plutarco, con las obras de Tito-Livio, Tácito, Cicerón, Juvenal, Valeyo Patérculo. Entre los literatos franceses, Julio Andrade admiraba sobre todo a Voltaire, Diderot, Condorcet, José María Chenier, Víctor Hugo, Lamartine, Renán. Qué fuente de conocimientos desalteraron entonces la sed de su instrucción militar y también histórica y literaria. De todo se nutría la curiosidad del General Julio Andrade, y en este frenesí de saber de todo, adquirió la erudición enciclopédica y los tesoros de su elocuencia. De qué ciencia no necesita el arte de Belona? Hasta de la astronomía: así lo probó Jenofonte, cuando perseguido y circundado por Artajerjes, durante La Retirada de los Diez Mil, pudo salvar, gracias a sus observaciones cosmográficas, a sus falanges que corrían al través del Asia occidental.

La clarividencia del General Andrade, ese don de adivinar el futuro, era admirable. Cuántos sucesos que él profetizó se realizáron, en efecto. Como colaboré con mi amigo, primeramente en la campaña y en el combate de Gatazo y, después, en el Ministerio de la Guerra, pude conocer íntimamente su carácter, su ilustración, su belleza espiritual. Cuantas acciones hermosísimas vi entonces en Julio. Recuerdo una conversación que se quedó profundamente grabada en mi espíritu juvenil y que ha tomado en estos años una notable importancia: en 1900, el año antes de mi viaje a

Francia, descorriendo los velos del porvenir, me reveló que el hombre, todavía con el instinto de la guerra, terminaría por inventar elementos bélicos poderosísimos y horribles, capaces de exterminar a la humanidad. No confirmaron los excesos y las armas diabólicas del último conflicto mundial la maravillosa penetración del General Andrade?

La elocuencia, es decir, el arte de hablar a las tropas, fué también el objeto de sus estudios y de su penetración psicológica. No ignoraba que arengar a los soldados, antes de lanzarlos a la pelea, en un lenguaje metafórico y mágico, es encenderles la fibra del corazón y soplar en ellos el heroísmo y la victoria. Así lo comprendieron, desde la Guerra de Troya hasta la última conflagración mundial, los conductores de pueblos. La verdadera elocuencia eran para Julio razón, luz, armonía, amor a la patria. El orador militar o político que la defiende y la honra, merece el respeto de sus compatriotas. Es la antorcha que los guía, el fuego que los enciende los vigoriza en sus luchas contra la perversidad. Por eso son tan grandes, y palpitan en nuestro pecho, Demóstenes y Cicerón. Pero Antípater, verdugo de Demóstenes, y Marco Antonio, verdugo de Cicerón, viven execrados en la Historia.

El pecho del General Andrade era una fragua en que ardían los más puros sentimientos: bravura, patriotismo, serenidad, fé en la victoria y, no lo olvidemos, el desprecio de los bienes terrenales. Sólo ambicionaba la gloria y la grandeza de su patria. Qué riquezas hubiese recogido y dejado a su familia si se hubiese conducido con procedimientos vulgares. Políticamente calumniado y combatido, como lo fué el Gran

Mariscal de Ayacucho, con quien tiene tantos puntos semejantes (hasta en su muerte trágica), el General Andrade fué immaculado: ni sus más encarnizados adversarios se atrevieron a mancillar su honor. El cielo lo había colmado de virtudes, pero no las ofrece a sus favoritos, simbolizadas en flores, sino después de haberlas hundido en una copa de perfumes envenenados. Así, hasta en su apoteosis fué el cielo obscuro y perezoso: con el General Andrade nunca pedestal de mármol esperó tan largos años, en el Templo de la Gloria, la estatua que debía glorificarlo. Nunca, tampoco, hombre ilustre palpité más fervorosamente, después de su muerte, en el corazón de un pueblo.

Quito Agosto 19 de 1945.

EL HOMENAJE AL GENERAL ANDRADE

El 10 de Agosto, máximo día de la Patria, fué descubierto para veneración de las generaciones presentes y futuras, el busto del señor General Julio Andrade, en la Avenida del Ejército de esta ciudad Capital.

En la nombrada Avenida, todas y cada una de las Provincias del Ecuador deben tener el busto del hombre que encarne, según concepto de los ciudadanos eminentes y de las instituciones, la expresión de la más alta valía, ora por sus atributos de patriota, de estadista, de apóstol de la cultura, de propulsor del progreso, etc., etc.

El Carchi, rico girón de la Patria, de legendarios hechos y tradicionales heroismos, la Provincia de los valientes por excelencia y de las talentos pulcros, por medio de sus medios políticos, intelectuales, por sus instituciones y sociedades, en plebiscito adecuadamente realizado, ha resuelto que quién deba representar a la Provincia como máximo exponente, sea el señor General don Julio Andrade.

Es por tal motivo que el Ejército Nacional, y el Gobierno de la República, asociándose al entusiasmo de los pueblos del Norte, han tributado, juntamente con

la Colonia del Carchi residente en Quito, el justo homenaje a que tenía derecho un ciudadano ejemplar de la República.

El General Julio Andrade, ante todo fué un hombre de energía indomable, de prócera rectitud, ardiente patriota, que desde la cátedra, la tribuna, el periodismo, los varios y delicados cargos administrativos y diplomáticos y particularmente desde su acrisolada moral de militar, hizo de su vida un ejemplo magnífico para los ecuatorianos de todas las regiones y de todas las Provincias.

Político de mentalidad democrática, hizo de sus actuaciones un pedestal indestructible para exaltar lo racional, lo lógico, lo digno de lo que entre nosotros se llama intervención cívica. Liberal, pero liberal respetuoso de la libertad, pero liberal respetuoso de la conciencia ajena, liberal que basaba su actuación en principios efectivamente modeladores y prácticamente recomendables. Supo así consagrar su nombre. Muchas veces hubo de combatir a sus mismos correligionarios y hasta expresar en frase lapidaria, que el liberalismo, si no se lo practica lealmente, desaparecerá bajo el peso de la infamia y de la corrupción.

La virulencia y la pasión política le restaron tempranamente la vida. No somos historiadores. Somos políticos y mejor aún, patriotas. Por lo mismo no buceamos en los antecedentes de su desaparición pero expresamos que, ella comportó una sensible pérdida, y que privó a la República de uno de sus más austeros servidores que, de ascender al Poder, habría sido factor de tolerancia, de democracia de libertades irrestrictas.

Carchi, la Provincia de los valores espirituales ina-

movibles, que empuña tan bien el fusil, como construye con su propia energía sus carreteras, y vive de su propio esfuerzo, debe estar orgulloso de haber acertado con precisión a llevar a un auténtico representante de sus virtudes, como es el General Julio Andrade, a la Avenida de la Patria, como se llamará la actual del Ejército, y téngase por seguro de que, como hoy, toda la ciudadanía responsable le ha tributado los honores a que tiene derecho, lo será perpetuamente, pues, con singularidad asombrosa, reconocemos todos los ecuatorianos que aquél ilustre estadista fué uno de los valores integrales de la nacionalidad.

J. G. B.

(Tomado de "República", de 14 de Agosto de 1946).

EL INSTITUTO ECUATORIANO COLOMBIANO DE CULTURA, SE ADHIERE AL HOMENAJE DEL GENERAL ANDRADE

“Señor Presidente del M. I. Concejo Municipal. Ciudad.— Habiéndose anunciado que próximamente el Ilustre Municipio de su digna Presidencia erigirá un busto que perpetúe la memoria del eminente hombre público ecuatoriano señor General don Julio Andrade, el Instituto Colombiano de Cultura, entidad adscrita a la Comisión Ecuatoriana de Cooperación Intelectual y cuyo fin primordial se dirige a propender, por los mejores medios, a la exaltación de los lazos espirituales que vinculan a las Repúblicas del Ecuador y Colombia, acordó, en su última sesión, y, por el voto unánime de sus Miembros, asociarse al preindicado homenaje, apreciando, entre los motivos, el significado de los inestimables servicios que, especialmente en su actividad diplomática, hubo de prestar tan ilustre compatriota a la causa del eficaz acercamiento entre los dos pueblos hermanos.—A este efecto, el Instituto tuvo a bien resolver concurrir en Corporación a la correspondiente ceremonia y encomendar para que a su nombre hagan en ella uso de la palabra su Vicepresidente el señor General

don Angel Isaac Chiribóga y el señor doctor don Alfonso Bonilla, actual encargado de Negocios de Colombia.— En tal virtud, cumplo con manifestar al Sr Presidente que el Intituto Ecuatoriano - Colombiano de Cultura éstimará altamente que, al tomar nota del particular, se digne, al propio tiempo, darle a conocer las pertinentes indicaciones.— Una copia de la presente comunicación, me he permitido enviar a la señora viuda del señor General Andrade.— Del señor Presidente, muy atentamente.— Por el Instituto Ecuatoriano Colombiano.— La Secretaaria.— (f.)— Germania de Monje”.

CARTA POLITICA

Quito, febrero 22 de 1.912.

Señor Doctor Don
Abelardo J. Andrade,
Cuenca.

Mi muy estimado amigo:

Por su grata carta del 1º de febrero, veo que desde el primer instante se ha dado usted cuenta de la magnitud y trascendencia del golpe que los horrorosos sucesos de Guayaquil y de Quito han inferido a nuestra honra, como Nación, y a nuestra vida misma como partido político. Me siento abrumado de pesar y de vergüenza, pero todavía espero que, reaccionando los buenos sentimientos de nuestros compatriotas, después de la sangrienta convulsión de enero, nos unamos todos en un común anhelo de redimir la mancha que ha caído sobre nuestra Patria, por medio de actos de virtud y de civilización que hagan olvidar los aciagos días que todos deploramos.

Razones graves de patriotismo y de interés nacional, me han decidido a terciar en la contienda electoral, cediendo a las insinuaciones de quienes ven en mi can-

didatura la salvación del inminente peligro de nuevos disturbios. He tomado esta decisión porque estoy convencido de que no tendré dificultad en unificar el Partido Liberal y asegurar pacíficamente su supervivencia en el Poder. Aún cuando sé que no puedo contar con su valioso apoyo para las elecciones, confío en que, si el éxito me favorece, no me lo negará usted como patriota y liberal de corazón, para la grande obra de consolidación y disciplina del partido.

Soy sinceramente su afectísimo amigo y servidor,

(f.) Julio Andrade.

ALOCUCION

DEL SR. GENERAL D. JULIO ANDRADE,
COMANDANTE GENERAL DEL DISTRITO.

(Tomado de la Orden General)

Saludo á los Jefes, Oficiales y soldados que hacen la campaña en este Distrito: son abnegados, leales, valientes: merecen bien de la República.

El Gobierno que aquí me envía, sabe que puede contar con ellos para garantizar la paz, afianzar las instituciones liberales y propender de esta suerte á la grandeza y prosperidad de la Nación.

No es una bandería política la que estamos defendiendo; es el Gobierno de un Estado soberano, que tiene la conciencia de su responsabilidad, que quiere grangearse la estima de los demás Gobiernos; que trata de acreditarse en el concepto de los ecuatorianos como un Gobierno justiciero y honrado. Es á un Gobierno semejante al que yo he consentido servir: vosotros Jefes, Oficiales y soldados, podéis continuar sirviéndolo sin recelos ni tibiezas: es como si sirviérais á la República.

Tomo pues posesión de mi empleo, tranquilo por lo que respecta á mi conciencia de militar y de ciudadano, y tranquilo, orgulloso, por cuanto mira á las condiciones y circunstancias en que voy á desempeñarlo.

Mi jurisdicción se ejerce sobre una de las comarcas más hermosas, mejor pobladas, más feraces de nuestro país: la bondad del clima, la cultura intelectual de los pobladores, su ánimo laborioso, la riqueza inagotable del suelo, han sido proverbiales. Dichoso yo si, secundo, en lo que me corresponda las miras de la Administración General, contribuyendo á conservar la paz, llevando al convencimiento de estos pueblos, que ella "tiene victorias más gloriosas y más profícuas que las que se conquistan en los campos de batalla"; y que sólo de ella deben esperar su prosperidad y su grandeza.

A los Habitantes del Distrito les traigo, pues, estas dos palabras tranquilizadoras: paz y progreso. A vosotros Jefes, Oficiales y soldados, estotras de aliento: firmeza y lealtad.

Cuenca, Noviembre 18 de 1901.

Cuenca, noviembre 21 de 1901.—Imprenta de la Universidad.

HOJAS DE SERVICIO MILITAR Y CIVIL DEL SEÑOR GENERAL DON JULIO ANDRADE

1º— Año 1883.— A petición verbal del señor Coronel Don Julio Andrade, certifica el suscrito en forma legal: Que el citado Jefe tomó parte en el ataque a la plaza de Quito, el 10 de Enero de 1883, como Voluntario en la División del Norte, comandada por el señor General Don Ezequiel Landázuri, y a las órdenes inmediatas del infrascrito, portándose con gran entusiasmo y decidido valor. Después de la acción, continuó prestando sus servicios, hasta cuando el Ejército abrió campaña sobre la plaza de Guayaquil.— Quito, octubre 22 de 1.900.— (f.) Napoleón H. Billón F.— Coronel de Infantería de Ejército.

2º— 1895.— "El Infrascrito, a petición verbal del Señor Coronel don Julio Andrade, informa que el nombrado Jefe, concurrió al combate de Guaranda, librado el 9 de Abril de 1.895, como Primer Jefe de la Columna "Vengadores de la Patria", y, a la batalla de Gatazo, el 14 de Agosto del mismo año, en calidad de Jefe del Estado Mayor de la Primera División. El lucido comportamiento del predicho Coronel en esas funciones de armas, fué superior a toda recomendación, estuvo a la altura de su reconocido valor militar y su

indiscutible patriotismo.— Quito, octubre 24 de 1900.— Firmado el Coronel de Ejército Delfín B. Triviño.

3c.—A petición verbal del señor Coronel Don Julio Andrade, me es muy honroso, bajo mi palabra de honor y con el juramento de Ley, informar: Que abierta, en el Centro, la campaña contra el Gobierno del Señor Cordero, y decidido el ataque a la Plaza de Guaranda, el 7 de abril de 1.895, en el punto denominado "La Chorrera", se incorporaron las columnas "Chimborazo" y "Vengadores de la Patria", compuesta de jóvenes abnegados y entusiastas, comandadas, la primera por el infrascrito, y la segunda, por el entonces Comandante, don Julio Andrade, y bajo las inmediatas órdenes del entonces, señor Coronel don Francisco Hipólito Moncayo, marcharon dichas columnas sobre la plaza de Guaranda, perfectamente guarnecida. El día 9 del mismo mes, se libró el crudo y desigual combate, que con el triunfo de las armas liberales, colocó la primera piedra en la reivindicación de la Honra Nacional. Desde entonces, pudo el infrascrito, medir los altos merecimientos que adornaban al señor Comandante Andrade, ya por su talento y sagacidad para con sus subalternos, ya por su subordinación y ejemplar valor en el combate, haciéndose de esta manera, acreedor al mejor cariño y respeto de todos sus compañeros de armas.— Es cuanto el infrascrito puede afirmar respecto a la aludida acción de armas en obsequio a la verdad y para los fines que convengan al interesado.— Quito, a 20 de octubre de 1.900.— Firmado.— Angel F. Araujo, Coronel Graduado de Infantería de Ejército".

4º— 1.898 y 99.— Francisco Hipólito Moncayo, General de la República, a petición verbal del interesado, informa: Que el señor Coronel don Julio Andrade, a órdenes del informante, hizo la campaña de fines del año 1898 y principios de 1899, asistiendo al combate de Guangoloma, y batalla del Chimborazo; que al primero concurrió como Primer Jefe de la Columna "Voluntarios", y en él recibió un balazo en la pierna izquierda; y a pesar de esta herida, continuó la campaña y asistió a la batalla del Chimborazo con el carácter de Comandante General de la Primera División, en que, en uno y otro puesto, llenó completamente los deberes que le imponían los cargos que desempeñaban en servicio de la Patria.— Quito, octubre 22 de 1900.— Firmado Francisco Hipólito Moncayo.

5º— Rafael Arellano, General de los Ejércitos de la República, a petición verbal del señor Coronel efectivo de Ejército de la República, don Julio Andrade, y por mi palabra de honor, certifico: Que el expresado Jefe, militó bajo mis órdenes en las campañas del Centro y Norte: en la primera con el destino de Comandante General de la Primera División, habiendo como tal estado en el combate de Chimborazo, debiéndose en muchísima parte a sus distinguidos valor y talento militares, el triunfo obtenido por las fuerzas del Gobierno; y en la segunda con el destino de Jefe de Estado Mayor de las fuerzas del Norte, observando en ambas épocas una conducta intachable, mucha actividad y celo en el cumplimiento de sus deberes. Las campañas de que hago mención se efectuaron desde el 13 de diciembre de 1898 al 13 de enero de 1899 (la primera), y la segunda del 3 de mayo hasta el 26 de junio de 1899.—

Es cuanto puedo certificar en obsequio de la verdad.—
Quito, 20 de Octubre de 1900.— Firmado, Fafael Arellano.

6º— 1895.—Subsecretario del Ministerio de Guerra y Marina.— Guayaquil 5 de noviembre de 1895.— Señor Coronel Don Julio Andrade.— Presente.— Señor Coronel: Con fecha de ayer, el señor Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército, ha tenido a bien nombrar a usted, Subsecretario de este Ministerio. En consecuencia, debe pasar usted a este despacho a tomar posición del empleo al cual ha sido promovido.— Este Ministerio, por su parte, aplaude y se enorgullece por tan acertado nombramiento.— Dios y Libertad, Juan Francisco Morales.

7º— JEFE DE ESTADO MAYOR DE LA COMANDANCIA DEL NORTE.— Orden General del 5 de Mayo de 1.899.— Art. 2º— Disuélvase la Comandancia General del Norte y Centro de la República, por cuanto el señor Coronel don Julio Andrade que la desempeñaba ha sido nombrado Jefe de Estado Mayor de la Primera de las ya indicadas, que hoy hace la campaña en la plaza de Tulcán.

8º— COMANDANTE GENERAL DE LA PRIMERA DIVISION.— Orden General para el día 16 de enero de 1.901.— Art. 4º— Nómbrase Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte y Centro al señor Coronel Dr. Don Emilio Terán; Comandante General de la Primera División al señor Coronel Don Julio Andrade; y de la Segunda al señor Coronel don Celín Arellano; Jefes de Estado Mayor de la Primera y Segunda

División a los señores Coronel Graduado Ulpiano Páez, y Teniente Coronel Justiniano Viteri, respectivamente.

9º.—SECRETARIO DE LA DELEGACION DEL ECUADOR AL CONGRESO INTERNACIONAL AMERICANO.— Ministerio de RR. EE.— Quito, mayo 5 de 1896, señor Don Julio Andrade, el señor Jefe Supremo de la República ha tenido a bien, atendiendo a la ilustración, sagacidad, y distinguidas cualidades de usted, nombrarle Secretario de la Delegación del Ecuador al Congreso Internacional Americano, que se reunirá el 10 de Agosto próximo en la ciudad de México.— Por sueldo y viático tendrá usted la tercera parte de lo asignado al señor doctor Luis F. Borja, conforme el Decreto de 29 del mes próximo pasado.— Lo que me es grato comunicar a usted a fin de que se sirva preparar su viaje con tiempo, pues los Delegados del Ecuador doctor Luis F. Borja y don Luis Felipe Carbo deben estar en México en la brevedad posible.— Dios y Libertad. Firmado, Francisco J. Montalvo.

10º.— PRIMER SECRETARIO DE LA DELEGACION DEL ECUADOR EN MEXICO Y EN EE. UU. DE AMERICA.— Quito mayo 18 de 1.896.— Señor Coronel don Julio Andrade, el señor Jefe Supremo de la República atendiendo el patriotismo e ilustración de usted ha tenido a bien nombrarle, además de Secretario de la Delegación al Congreso Internacional Americano, Primer Secretario de la Legación del Ecuador en México y los EE. UU. de América.— La dotación de usted será sólo la correspondiente al Cargo de Secretario de la Delegación que es la mayor.— Dios y Libertad, Francisco J. Montalvo.— MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES .

10º B.— Diputado por Imbabura a la Asamblea Constituyente de 1896—97.

11º— MINISTRO JUEZ DEL TRIBUNAL DE CUENTAS.— Quito, noviembre 6 de 1897.— República del Ecuador, en su nombre y por autoridad de la Ley, Eloy Alfaro, Presidente Constitucional de la República, por cuanto el señor don Julio Andrade, ha sido nombrado Ministro Juez de la Quinta Sala del Tribunal de Cuentas de Quito, se expide el presente título, del que se tomará razón en la oficina respectiva, para los efectos legales, dado en el Palacio de Gobierno, etc., etc.— Firmado Eloy Alfaro.— Ministro de Justicia, firmado, Rafael Gómez de la Torre.

12.— GENERAL DE LA REPUBLICA, CAMARA DEL SENADO.— SECRETARIA.— Quito, octubre 20 de 1901, señor don Julio Andrade, tengo la honra Comunicar a usted que el Congreso de la República, en sesión del 19 de los corrientes, ascendió a usted, al grado de General.— Dios y Libertad.— M. A. Correa.

13.— COMANDANTE GENERAL DEL DISTRITO DE CUENCA.— MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA.— Quito, octubre 28 de 1901.— Señor General don Julio Andrade.— Presente.— En atención a sus relevantes méritos y patriotismo, el señor Presidente de la República, en esta fecha, ha tenido a bien llamar a usted, al servicio activo de las armas y nombrarlo Comandante General del Distrito de Cuenca.— Lo que me es satisfactorio comunicar a usted, para los fines consiguientes.— Dios y Libertad.— (f.) Flavio E. Alfaro.

14º— **MINISTRO DE ESTADO.— LA REPUBLICA DEL ECUADOR.**— En su nombre y por la autoridad de la Ley, Leonidas Plaza G., Presidente de la República, por cuanto el señor General don Julio Andrade ha sido nombrado Ministro Secretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública, despide el presente título, del que se tomará razón en las oficinas respectivas para los efectos legales.— Dado en el Palacio de Gobierno en Quito, a 27 de febrero de 1903, etc. (f.) L. Plaza G.— Ministro de Guerra y Marina, Flavio E. Alfaro.

15º— **MINISTRO PLENIPOTENCIARIO ANTE LOS GOBIERNOS DE COLOMBIA Y VENEZUELA, DE 1904 a 1911.**—

16º— **AÑOS 1911 a 1912.**— Como Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Gobierno de Quito dirigió los combates de Huigra y Yaguachi contra las fuerazs revolucionarias del General Pedro J. Montero.

17º— El cinco de marzo de 1912, fué nombrado Ministro Secretario de Instrucción Pública del Gobierno que presidió el Dr. Carlos Freile Zaldumbide.

TRIBUNAL DE CUENTAS DE QUITO.— A 7 de noviembre de 1901.— Señor General Don Julio Andrade,— Presente.— La corporación que presido, en sesión celebrada ayer, tuvo a la vista la renuncia que usted hace del cargo Ministro Juez de la Quinta Sala de este Tribunal, y, al aceptarla, solo por no poner ningún obstáculo a su brillante carrera militar, quiso, co-

mo un justo homenaje a sus altos merecimiento, que constaran en el acta las palabras de sentimiento que arrancó la renuncia a cada uno de sus colegas, quienes, unánime y sinceramente, deploran la separación del amigo leal y del magistrado probo laborioso e inteligente, de quien, como usted, con energía y talento ha sabido informar en muchas veces las atinadas resoluciones del Tribunal.— Dios y Libertad, Eliecer Chiriboga.

GOBERNACION DEL AZUAY.— Nº 99.—
Cuenca enero 28 de 1903.— Señor General, Comandante General del Distrito.— Ciudad.— Cumplo con el sagrado deber de contestar su muy atenta comunicación oficial, recibida hoy y marcada con el número 1, relativa a manifestar su separación de la Provincia del Azuay, por instrucciones recibidas del señor Ministro de la Guerra y encargar interinamente de la Comandancia General al señor Coronel don Federico Dávalos; y al hacerlo, séame permitido señor General, expresar, que la hija del Azuay y en especial el que tiene la honra de hablaros, quedan profundamente reconocidos, por haber llevado al terreno de la práctica, la paz y prosperidad de esta Provincia, porque habeis respetado y hecho respetar la Constitución y Leyes de la República; porque habeis cooperado con mano vigorosa al bienestar general; y en fin, porque con vuestra cultura, ilustración y patriotismo habeis conquistado las simpatías de los hijos de este suelo.— Llevad Señor General, el convencimiento de que dejáis trazado un camino honroso, para que las Autoridades sigan el mismo y obtengan los votos de gratitud que vos llevaís del pueblo Azuayo, particularmente del que tiene la hon-

roza satisfacción de suscribirse como su leal Servidor
.— F.) B. Vásquez C.—

REPUBLICA FRANCESA.— MINISTERIO DE LA GUERRA.— ESTADO MAYOR DEL EJERCITO.— SERVICIO GEOGRAFICO.— Gabinete del Director.— Paris, Enero de 1902.— El General Bassot, SUBJEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO.— Director del Servicio Geográfico, al señor General Julio Andrade de la República del Ecuador.— Señor General: El señor Comandante Bourgeois, Jefe de la Misión Geodésica del Ecuador, me ha informado de la visita que usted le ha hecho en Riobamba, y del proyecto, que usted le ha comunicado, de venir a Francia para estudiar la organización de nuestro Ejército, así como el funcionamiento de sus diversos servicios, y para asistir en particular, a ciertos ejercicios y viajes del Estado Mayor de la Escuela Superior de Guerra.— Me he apresurado, acogiendo el deseo que usted ha manifestado al Comandante Bourgeois, de informar oficiosamente de la cuestión al General Jefe del Estado Mayor del Ejército.— Después de haber informado al Ministro de la Guerra, el General Pendezeke, Jefe del Estado Mayor General del Ejército, le ha dado el honor de hacer conocer a usted que el Departamento de la Guerra concederá voluntariamente la autorización que usted solicita siempre que la gestión oficial esté dirigida al Gobierno francés por la vía diplomática.— Le seré agradecido si considera esta información que le trasmito como confidencial y oficiosa, y, por consiguiente, de no referirse a ella en las gestiones diplomáticas que usted realice. Me considero feliz señor Gene-

ral al haber podido servir de intermediario en esta negociación y al pagar, de esta manera, si acaso tuviera éxito, la benevolencia particular que usted ha testimoniado a los oficiales de mi Servicio, que han emprendido, en su bello país, el Ecuador, una obra interesante en alto grado para la ciencia geodésica.— Quiera usted aceptar, señor General, la seguridad de mi alta consideración y de mis sentimientos más distinguidos.— f.)
General Bassot, Miembro del Instituto.

CONTENIDO:

| | |
|--|-----|
| Sugestión presentada por el Sr. Dr. Humberto Albornoz, Presidente del I. Concejo de Quito | 5 |
| Oficio del Sr. Felix Urresta P., Presidente del Concejo de Tulcán | 6 |
| Carta del Excmo. Presidente Dr. Velasco Ibarra | 7 |
| Biografía de un Busto, por Delio Ortiz | 9 |
| Discurso del Sr. Dr. Felix Urresta P. en la entrega del busto del General Andrade al pueblo de Quito | 25 |
| Discurso del Sr. Dr. Alberto Acosta S. a nombre del I. Concejo de Quito | 30 |
| Discurso del Sr. Don Rafael Andrade Thomas | 38 |
| Nuestro General Julio Andrade.— Prólogo de Benjamín Carrión | 44 |
| Julio Andrade.— Conferencia del Sr. Don Luis Robalino Dávila en la Universidad Central de Quito | 53 |
| Lo último.— Por José Rafael Bustamante | 78 |
| Una declaración de principios del General Andrade | 81 |
| El General Julio Andrade, por Luis F. Borja | 84 |
| El Caballero "Sans Peur et Sans Reproche", por Alejandro Carrión | 88 |
| Discurso en una manifestación de Bogotá | 91 |
| Discurso en la colocación de una lápida conmemorativa | 94 |
| Carta Política al General Eloy Alfaro | 99 |
| Carta al Dr. Luis F. Borja (hijo) | 105 |
| Carta al Sr. Dr. Miguel Moreno | 107 |
| Discurso en la Legación de Chile en Colombia | 111 |
| La apoteosis de Julio Andrade | 113 |
| El homenaje al General Andrade | 121 |
| Adhesión del Instituto Ecuatoriano - Colombiano de Cultura | 124 |
| Carta al Dr. Abelardo J. Andrade | 126 |
| Alocución del General Andrade en Cuenca | 128 |
| Hojas de servicio militar y civil del General Andrade | 130 |
| Contenido | 141 |